

**Alexander A.Vasiliev**

**HISTORIA  
DEI IMPERIO BIZANTINO  
Tomo I**

**Nota importante:**

La presente edición electrónica de *Historia del Imperio Bizantino* de Alexander A. Vasiliev (2 tomos en formato PDF para Acrobat Reader), ha sido preparada a partir de la edición de 1945 de la misma obra realizada por la editorial Iberia de Barcelona (España).

La adaptación primaria a soporte electrónico de *Historia del Imperio Bizantino* de Alexander A. Vasiliev fue realizada por Carlos Etchevarne. La presente edición, con modificaciones respecto del original, ha sido efectuada por Hilario Gómez (tomo I) y Fito Brenatas (tomo II). La coordinación de la edición y el volcado a formato PDF es de Hilario Gómez.

ESTA EDICIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE desde la web **Bizancio** (<http://www.imperio bizantino.com>), de Rolando Castillo, SÓLO PARA USOS DIDÁCTICOS. Es por ello que QUEDA PROHIBIDA SU VENTA, ya sea en formato impreso o electrónico.

Madrid (España). Junio de 2003.

# **CONTENIDO**

## **Tomo I**

### **De Constantino a las Cruzadas**

**(324-1081)**

pág. 4

#### **Capítulo I**

### **BREVE EXAMEN DE LOS TRABAJOS SOBRE HISTORIA BIZANTINA EN OCCIDENTE**

pág. 6

#### **Capítulo II**

### **EL IMPERIO DE ORIENTE DESDE EL SIGLO IV A COMIENZOS DEL VI**

pág. 38

#### **Capítulo III**

### **JUSTINIANO EL GRANDE Y SUS SUCESORES (518-610)**

pág. 108

#### **Capítulo IV**

### **LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA DE HERACLIO (610-717)**

pág. 160

#### **Capítulo V**

### **LA ÉPOCA ICONOCLASTA. LOS PERÍODOS DE LAS DINASTÍAS ISÁURICA O SIRIA (717-802) Y AMORIANA O FRIGIA (820-867)**

pág. 193

#### **Capítulo VI**

### **LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA MACEDÓNICA (867-1056) Y EL PERIODO DE TURBULENCIAS (1056-1081)**

pág. 245

#### **MAPAS**

pág. 312

## **De Constantino a las Cruzadas (324-1081)**

### **Prefacio a la edición española.**

Una progresión que vale por una constante histórica quiere que los focos culturales se sucedan en el tiempo siguiendo el derrotero del sol. A tenor de esta ley singularmente patentizada en los pueblos costeros, y de modo especial en el Mediterráneo, para el oriental lo occidental es rústico e inexperto, y al revés: a los de acá los del otro, hijos de civilizaciones más antiguas, se les antojan decadentes y afeminados. Al extremo que, bizantino y bizantinismo son vocablos que en nuestra lengua cotidiana suenan a cosa banal o a excesiva sutileza. Nuestra tradición de hombres de Occidente, de francos, suele prevenirnos - contra todo aquello que haga referencia a Bizancio. Aferrados al cómodo expediente de fechar en 476 la caída del Imperio romano; incluidos por la pluricelular tarea de la formación de nuestras nacionalidades y de hacer a la Iglesia independiente de la potestad civil, olvidamos con frecuencia que ese Imperio duró todavía mil años, defendiéndose bravamente de las naciones jóvenes que lo acosaban desde los cuatro puntos cardinales. Esa laboriosa gestación del mundo occidental, y la escisión consiguiente de la Iglesia, desembocaron en las Cruzadas, en un movimiento que, si no en la mente de sus promotores en su desarrollo había de resultar fatal para el mantenimiento del Imperio de la Nueva Roma. Los socorros de Europa no llegaron a la Constantinopla así puesta en trance de muerte, sino (aunque vanamente, ante el ímpetu otomano) a aquellas naciones cortadas en el manto del antiguo Imperio.

Esta es una lección que el historiador no puede olvidar, Y es curioso que, al paso que los propios francos en lucha con los bizantinos acabaron por asimilar la civilización oriental, el recuerdo de las Cruzadas siga figurando, en Occidente, entre las determinantes de nuestro desde hacia Bizancio al modo como la caída de Constantinopla, y la consiguiente diáspora de los sabios de la ciudad imperial, no valió a difundir la cultura bizantina mas a reforzar el estudio de los clásicos griegos. Había sido menester llegar a los Finlay a los Bury, a Krumbacher, a la escuela francesa egregiamente presidida por Schlumberger y sobre todo por Charles Diehl, el gran orientalista recientemente fallecido, para que la civilización bizantina adquiriese a nuestros ojos el lugar destacado que le corresponde. Sin embargo, una rama considerable de los estudios bizantinos quedaba por incorporar al acervo occidental: la de la pléyade de cronistas e investigadores eslavos, y concretamente los de esa Rusia que se considera, no sin razón, hija y heredera de Bizancio. Ese vacío ha sido colmado con la magnífica obra de Alejandro Vasíliev que hoy tenemos el honor de presentar a los lectores de lengua española. Por vez primera se añaden aquí a los frutos de las

modernas investigaciones occidentales los resultados conseguidos por la ciencia eslava. Con ello, no sólo se renuevan muchos puntos de vista, sino que se ha logrado una visión de conjunto que difícilmente podrá ser modificada, salvo en los detalles. Por las manos de Vasíliev, ha pasado cuanto se haya podido escribir acerca de Bizancio; todo ha sido puesto por él a contribución, todo ponderado y jerarquizado al escribir esta obra, imprescindible —pese a su carácter sumario— a cuantos se interesan en la historia europea de quince siglos acá.

No se crea, sin embargo, que la universalidad de los conocimientos del autor haga prolijas las argumentaciones y árida la exposición. Enamorado del tema de sus estudios, el autor ruso traza brillantemente el cuadro de la existencia de Bizancio, incluso con pasión. Lo cual le lleva, tal cual vez, a presentar las cosas de Occidente de una manera que no concuerda con nuestras ideas al respecto. Sólo en esos casos y sin que ello encierre la menor censura al autor, nos hemos permitido traer a pie de página otros puntos de vista, por si ello ayuda al lector a, tener una visión total del problema.

También hemos creído oportuno acompañar el texto de esta obra ejemplar con un conjunto de ilustraciones, probablemente el más nutrido que hasta la fecha se haya publicado en España sobre Bizancio; con un índice onomástico, y con unos cuadros cronológicos, harto incompletos por desgracia. Con esto y la recomendación, al lector no especialmente preparado, de dejar para el final la lectura del primer capítulo de Vasíliev —en el cual se expone con tanta claridad como competencia el estado actual de los estudios bizantinos— ponemos punto a esta nota.

*Juan Ramón Masoliver*

## Capítulo I

### BREVE EXAMEN DE LOS TRABAJOS SOBRE HISTORIA BIZANTINA EN OCCIDENTE

#### **Los principios.**

La verdadera creadora del bizantinísimo científico fue la Francia del siglo 14 obras de la literatura clásica griega y romana. La literatura bizantina era casi desconocida en Italia, y no se mostraba gran interés por conocerla. Sin embargo, los continuos viajes que se hacían a Oriente, a fin de buscar manuscritos griegos y estudiar la lengua griega, convirtieron en necesidad, poco a poco, el renunciar a esa actitud sospechada y recelosa hacia la literatura griega medieval. Los primeros estudios sobre los escritores griegos, tanto clásicos como bizantinos, consistieron en traducciones de textos griegos en lengua latina. De todos modos, el interés que en los siglos XIV y XV se manifestó por la literatura bizantina, fue sólo accidental y quedó eclipsado enteramente por la atención que se dedicaba al mundo clásico.

En el siglo XVI y al comienzo del XVII, cambia la actitud hacia la historia y la literatura de Bizancio, y toda una serie de autores bizantinos, si bien elegidos al azar y de desigual importancia entre sí, son editados en Alemania (por ejemplo, por Jerónimo Wolf), en los Países Bajos (por Meursius) y en Italia (aquí por dos griegos: Alemannus y Allatius [León]).

#### **Papel de Francia en el bizantinísimo. La época de Du Cange.**

La época del Renacimiento italiano se interesó principalmente por el siglo XVII. Entonces, cuando la literatura francesa, en la brillante época de Luis XIV, se convertía en modelo para toda Europa; entonces, cuando reyes, ministros, obispos y particulares fundaban, en emulación, bibliotecas y reunían manuscritos; entonces, cuando se colmaba de honor y estima a los sabios distinguidos, entonces fue cuando el estudio de la historia bizantina encontró en Francia un lugar único.

Luis XIII, predecesor inmediato del Gran Rey, aprendió el griego y tradujo al francés los *Preceptos del diácono Agapito al emperador Justiniano*. El cardenal Mazarino, gran bibliófilo y coleccionador infatigable de manuscritos, creó una magnífica biblioteca, rica en numerosos manuscritos griegos, que después de la muerte del cardenal pasaron a la Biblioteca Real de París, hoy Biblioteca Nacional, y cuyo verdadero fundador había sido el rey Francisco I en el siglo XVI. Colbert, ilustre ministro de Luis XIV, administró a la vez la Biblioteca Real, consagrando sus cuidados a acrecer los tesoros científicos de la misma y a adquirir manuscritos en el extranjero.

La rica biblioteca particular de Colbert, en la que éste había reunido un número bastante grande de manuscrito griegos, fue comprada por el rey en el siglo XVIII para unirla a la Biblioteca Real. El cardenal De Richelieu había fundado en París una tipografía regia (la tipografía del Louvre), destinada a publicar las obras de los escritores eminentes de una manera digna de ellos. Los caracteres griegos de la Imprenta Real se distinguían por su belleza. En fin, en 1648, y bajo los auspicios de Luis XIV, salió de la tipografía regia el primer volumen de la primera Compilación de historiadores bizantinos, y sucesivamente aparecieron, hasta 1711, treinta y cuatro volúmenes en folio de esa publicación, cosa notable para la época y que no ha sido igualada aún, ni siquiera en nuestros días. El año en que se imprimió el primer tomo de esa Compilación, en París, el sabio francés Labbé (Labbaeus), publicó una *Llamada (Protrepicon) a los aficionados a la, historia bizantina*, señalando el particular interés de la historia del Imperio griego de Oriente “tan asombrosa por el número de sus acontecimientos, tan atrayente por su multiplicidad, tan notable por la solidez de su monarquía”. Labbé procuraba persuadir, con todo calor, a los sabios europeos para que buscasen y publicaran los documentos enterrados bajo el polvo de las bibliotecas, prometiendo a todos los colaboradores de esa gran obra la gloria eterna, “más sólida que el mármol y el bronce”.

A la cabeza de la selección científica de la Francia del siglo XVII se halla el célebre erudito Du Cange (1610-1688), cuyas diversas y múltiples obras han conservado su vigor e importancia hasta nuestros días. Nació en Amiens, en 1610, y fue enviado por sus padres al colegio de los Jesuítas. Tras haber pasado algunos años en Orleáns y París, donde estudió Derecho, volvió a su ciudad natal y allí se casó. De su matrimonio tuvo diez hijos. Obligado a dejar Amiens en 1668, a raíz de una epidemia de peste, fue a establecerse en París, donde habitó hasta su muerte, ocurrida el 23 de octubre de 1688. Historiador y filólogo, arqueólogo y numismático, Du Cange, en todas sus disciplinas científicas se reveló un extraordinario entendido, un infatigable trabajador, un editor excelente, un investigador penetrante. Empero, a los cuarenta y cinco años no había publicado nada y su nombre no era conocido más allá de Amiens.

Ejecutó, pues, su gigantesca obra en los treinta y tres últimos años de su vida. No se creería que hubiese podido escribir tanto de no habernos llegado todos sus manuscritos, de su puño y letra. Su biógrafo escribe: “Un sabio del siglo XVIII exclamó, en un singular acceso de entusiasmo: ¿Cómo se puede haber leído tanto, pensado tanto, escrito tanto y haber sido durante cincuenta años casado y padre de una numerosa familia?”

Entre las obras de Du Cange que interesan a la historia de Bizancio, han de notarse, sobre todo, la *Historia del Imperio de Constantinopla bajo los emperadores franceses* (al final de su vida Du Cange modificó esta obra, que no se ha publicado en su segunda edición sino en el siglo XIX); la *De Familiis Byzantinis*, donde se reúnen elementos genealógicos extremadamente ricos, y la *Constantinopolis Christiana*, donde se establece el balance de todos los datos precisos y detallados que se poseen sobre la topografía de Constantinopla hasta 1453. Estas dos últimas obras llevan el título común de *Historia Byzantina duplici commentario illustrata*. Tres meses antes de morir, Du Cange publicó en dos volúmenes en folio el *Diccionario de la lengua griega de la Edad Media* (“Glosario ad scriptores mediae et infimae graecitatis”), obra, según el bizantinista ruso V. G. Vasilievski, “desigual y en la que parece que debió haber trabajado toda una

numerosa sociedad de sabios”. Ésta es la última obra que Du Cange publicó en vida, y también la única de las suyas que no se publicó en París, sino en Lyon.

El Glosario de Du Cange es, aún hoy, un auxiliar indispensable, no sólo para los que se ocupan de la historia de Bizancio, sino para cuantos se interesan en la historia de la Edad Media en general. También pertenece a Du Cange la publicación, notable en todos sentidos, de una serie de obras de historiadores bizantinos importantes, con comentarios extremadamente eruditos. Debe señalarse, en fin, la mucha trascendencia que tiene, en materia de historia bizantina, la inmensa obra de Du Cange titulada *Diccionario del latín de la Edad Media*, en tres volúmenes en folio (“Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis”).

Du Cange, que había tenido siempre una salud perfecta, cayó enfermo de repente en junio de 1688 y murió el 23 de octubre de aquel año, a los 78 de edad, rodeado por su mujer, hijos y amigos. Se le enterró en la iglesia de San Gervasio. No queda huella alguna de su tumba. Una estrecha y apartada calle de París llámese todavía “Rue Ducange”.

Pero no fue Du Cange el único que trabajaba entonces aquellas disciplinas. En la misma época, Mabillon publicó su inmortal *Diplomática* (“De re diplomática”), con la que fundó una ciencia nueva en absoluto, basada en los documentos y las actas. A principios del siglo XVIII, Montfaucon editó una obra capital, que no ha perdido importancia en nuestros días: la *Paleografía griega*. A la primera mitad del siglo XVIII se remonta, igualmente, la gran obra del benedictino Banduri —que vivió y escribió en París— *El Imperio de Oriente* (“Imperium Orientale”) y también la importante obra del dominicano Le Quien, *El Oriente cristiano* (“Oriens Christianus”), donde se reúnen datos muy ricos sobre la historia —y en especial sobre la historia de la Iglesia— del Oriente cristiano.

Así, hasta mediados del siglo XVIII, Francia se encontraba, sin discusión, a la cabeza del bizantinísimo, y varias obras de sus sabios de entonces han mantenido su importancia hasta nuestros días.

## **El Siglo XVIII. La Revolución y el Imperio.**

Pero en el curso del mismo siglo, las circunstancias cambiaron. A Francia, al llegar a aquella “Edad de la Razón” señalada por su negación del pasado, por su escepticismo religioso, por su crítica violenta del poder monárquico y de la autoridad religiosa, no podía interesarle ya Bizancio. Toda la historia de la Edad Media fue considerada entonces como época “gótica”, bárbara, fuente de ignorancia y de tinieblas. Y Bizancio, dado el punto de vista preconcebido y convencional que se tenía a su respecto, proporcionaba a los espíritus avanzados de la Francia del siglo XVIII redoblados motivos de resentimiento contra el Estado bizantino. La idea de un poder monárquico absoluto en Bizancio y la profunda influencia del clero bizantino, eran, sobre todo, los elementos que los filósofos franceses del siglo XVIII no podían aceptar. No habiéndose ocupado nunca profundamente de historia bizantina, y no viendo sino su lado externo, a veces puramente anecdótico, los mejores ingenios del siglo XVIII formulaban juicios muy severos sobre la historia medieval de Bizancio. Voltaire, tras condenar la historia romana de la época imperial, añade que hay otra historia “más ridícula aun” que la

romana según Tácito: la historia bizantina. Ese “indigno conjunto” no contiene más que declamaciones y milagros y “es el oprobio del espíritu humano, como el Imperio griego era el oprobio de la tierra. Los turcos son, al menos, más sensatos: vencieron, gozaron y escribieron muy poco”. Montesquieu, historiador de mérito, escribe que a partir del principio del siglo VII, la historia del Imperio griego no es más que un tejido de revueltas, de sediciones y de perfidias”.

También bajo la influencia de las ideas del siglo XVIII escribe, como se verá después, el célebre historiador inglés Gibbon.

La actitud desdeñosa y negativa que se empieza a tomar respecto a la historia de Bizancio en la segunda mitad del siglo XVIII sobrevive a la época de la Revolución. En el siglo XIX, tal modo de ver se torna, por decirlo así, en opinión corriente.

El celebre filósofo alemán Hegel (1770-1831) escribe en su Curso de *Historia de la filosofía*: “El Imperio bizantino estaba en el interior desgarrado por pasiones de toda suerte y en el exterior amenazado por los bárbaros, a quienes los emperadores sólo podían oponer una débil resistencia. El Estado se encontraba en una situación continuamente peligrosa, y nos ofrece un repugnante cuadro de flaquezas donde las pasiones miserables, e incluso absurdas, no dan nada grande, ni en las ideas, ni en los actos, ni en las personas. Revueltas de jefes, caídas de emperadores, arrastrados por aquellos o bien por las intrigas de los cortesanos; muertes o envenenamientos de soberanos debidos a sus propias esposas o a sus hijos, mujeres dando libre curso a toda clase de deseos y rebajándose a hechos deshonorosos, tales son las escenas que desarrolla ante nuestros ojos esa historia, hasta que el decadente edificio del Imperio romano de Oriente es demolido a mediados del siglo XV por la vigorosa potencia de los turcos”.

Los hombres de Estado citaban Bizancio como un ejemplo imposible de seguir. Así, Napoleón I, en la época de los Cien Días (junio de 1815), hablaba a las Cámaras con las palabras siguientes: “Ayudadme a salvar la patria. No imitemos el ejemplo del Bajo Imperio, que, presionado de todos lados por los bárbaros, se hizo la irrisión de la posteridad ocupándose de discusiones abstractas en el momento en que el ariete destrozaba las puertas de la ciudad”.

Hacia la mitad del siglo XIX, la opinión de los ambientes científicos respecto a la Edad Media se modificó. Después de la tormenta de la época revolucionaria y de las guerras napoleónicas, Europa contempló el Medievo de manera diferente. Se manifestó un interés profundo por el estudio de aquella historia “gótica, bárbara”, y se comenzó de nuevo a dedicar cierto interés a la historia bizantina medieval.

En la presente ojeada no cabe mencionar más que las obras generales concernientes a la historia de Bizancio. Los estudios monográficos más importantes se indicarán después de la exposición de los hechos en sí, al final de los capítulos respectivos.

### **Montesquieu.**

En la primera mitad del siglo XVIII, uno de los más ilustres representantes de la “Edad de la Razón”, Montesquieu (1689-1755), escribió sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y su decadencia*, aparecidas en 1734. La primera parte de esa obra ofrece un breve resumen ingeniosamente concebido y lleno de talento

en la ejecución —aunque influido, desde luego, por las ideas del siglo XVIII— de la evolución de la historia romana desde los orígenes de Roma. Los cuatro últimos capítulos se consagran a la época bizantina, y el autor termina su exposición con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Este solo hecho muestra que Montesquieu, con razón, consideraba que la historia llamada bizantina no era sino la continuación directa de la historia romana. Según sus propias expresiones, sólo desde la segunda mitad del siglo VI procede llamar al Imperio romano “Imperio griego”. Montesquieu juzga con extrema severidad la historia de este Imperio. Hemos citado ya uno de sus juicios. Para él, Bizancio presenta tal acumulación de vicios orgánicos en su estructura social, su vida religiosa y su organización militar, que sólo difícilmente se llega a imaginar cómo un mecanismo tan deteriorado pudo subsistir hasta mediados del siglo XV. Al hacerse él mismo esta pregunta en el capítulo XXIII y último, Montesquieu da como razones de la duración del Imperio las discordias de los árabes victoriosos; la invención del “fuego griego”; el floreciente comercio de Constantinopla y el establecimiento definitivo, en las orillas del Danubio, de varios pueblos bárbaros que, habiéndose fijado allí, servían de valladar contra otros bárbaros. “Así —escribe el autor—, mientras el Estado se hallaba postrado bajo un mal gobierno, causas particulares lo sostenían”. El Imperio de los últimos Paleólogos, amenazado por los turcos, reducido a los arrabales de Constantinopla, recuerda a Montesquieu el Rin, “que no es más que un arroyo cuando se pierde en el océano”.

Aunque no se ocupase especialmente de la historia de Bizancio, y aunque pagara tributo al movimiento ideológico del siglo XVIII, hostil a sabiendas a dicho Imperio, Montesquieu, sin embargo, nos ha legado páginas en extremo fecundas sobre la época del Imperio medieval de Oriente, y esas páginas se leen todavía ahora con mucho interés y provecho.

Uno de los más eminentes críticos de Montesquieu (Sorel) escribe, respecto a las *Consideraciones*: “Los capítulos sobre Bizancio no son más que una ojeada y un sumario; pero una ojeada genial y el sumario de una obra maestra”

## **Gibbon.**

El mismo siglo XVIII dio a la Ciencia el nombre del historiador inglés Eduardo Gibbon (1737-1794), autor de la célebre obra: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. Gibbon ha dejado también una de las mejores autobiografías que existen. Su reciente editor inglés (Birkbeck Hill) ha dicho de ella: “Es tan corta, que puede leerse a la luz de un solo par de bujías; es tan interesante por su contenido y por los giros de espíritu y de estilo que desvela, que en su segunda y tercera lecturas ofrece un placer casi tan grande como en la primera”.

Gibbon nació el 27 de abril de 1737, recibió la primera educación en Westminster y fue enviado en 1752 al Magdalen College, en Oxford. Tras corta permanencia en este lugar, marchó a Lausana, donde se instaló en casa de un calvinista. Los cinco años que allí permaneció dejaron una huella imborrable en su espíritu. Pasó la mayor parte de su tiempo en leer los clásicos y las obras históricas y filosóficas más serias y aprendió perfectamente el francés. Suiza se tornó para él en una segunda patria.

“Yo había dejado de ser inglés —escribe—. En esa tierna época de mi juventud, de los dieciséis a los veintiún años, todas mis opiniones, costumbres y sentimientos habían sido arrojados en un molde extranjero; el recuerdo débil y alejado de Inglaterra se había borrado casi. Mi misma lengua se me había vuelto menos familiar, y de buena gana hubiese aceptado la oferta de una independencia moderada al precio de un destierro perpetuo”.

En Lausana, Gibbon vio al “hombre más extraordinario de esta época, el poeta, el historiador y el filósofo”, es decir, Voltaire.

De regreso en Londres, Gibbon publicó, en 1761, su primera obra, escrita en francés: *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, que tuvo una acogida muy favorable en Francia y en Holanda, pero muy fría en Inglaterra.

Tras servir dos años y medio en la milicia de Hampshire, en el transcurso de las hostilidades que estallaron entre Francia e Inglaterra (la Guerra de Siete Años), Gibbon, en 1763, volvió, pasando por París, a su amada Lausana y el mismo año hizo un viaje a Italia, visitando Florencia, Roma, Nápoles, Venecia y otras ciudades italianas.

Su estancia en Roma tuvo primordial importancia para su posterior actividad científica, porque le sugirió la idea de escribir la historia de la Ciudad Eterna.

“El 15 de octubre de 1764 —escribe Gibbon—, yo estaba sentado, soñando, en medio de las ruinas del Capitolio, mientras los monjes descalzos cantaban vísperas en el Templo de Júpiter. En este instante brotó en mi espíritu por primera vez la idea de escribir la historia de la decadencia y caída de Roma”.

El plan primitivo de Gibbon era escribir la historia de la caída de la ciudad de Roma y no del Imperio romano. Sólo algo después se ensanchó su concepción. Al fin, Gibbon escribió la *Historia del Imperio romano de Occidente y del Imperio romano de Oriente*, llevando la historia del último hasta la toma de Constantinopla en 1453.

De regreso por segunda vez en Londres, Gibbon empleó toda su actividad en reunir materiales para la obra que había meditado.

En 1776 apareció el primer volumen de su obra, que comenzaba por la época de Augusto. Su éxito fue extraordinario: la primera edición se agotó en pocos días. Según las propias palabras de Gibbon, su libro “se encontraba sobre todas las mesas y casi sobre todos los tocadores”. Los volúmenes siguientes de su *Historia*, que contenían los capítulos sobre el cristianismo y en los cuales se esclarecían las ideas religiosas del autor —en relación, por supuesto, con el espíritu del siglo XVIII— desencadenaron una tempestad de críticas, sobre todo entre los católicos de Italia.

Gibbon había “acariciado siempre la idea” de que Lausana, “escuela de su juventud, se convirtiera en retiro de su edad avanzada”. Veinte años después de su segunda partida de Lausana, Gibbon, teniendo bastantes recursos para llevar una vida independiente, volvió a su ciudad preferida, donde terminó su historia. He aquí los términos en que describe el autor el momento en que puso punto final a su obra de varios años: “El día, o más bien la noche del 27 de junio de 1787, entre las once y las doce de la noche, en el jardín de mi casa de verano, escribí las últimas líneas de la última página. Después de posar la pluma, di varios paseos bajo un plantel de acacias, desde donde la vista domina y se extiende por la campiña, el lago, las montañas. El aire

era templado, el cielo sereno, el globo argentado de la luna se reflejaba en las aguas y toda la naturaleza estaba silenciosa. No disimularé mis primeras emociones de alegría en aquel instante de la recuperación de mi libertad, y acaso del establecimiento de mi reputación. Pero muy pronto mi orgullo fue humillado y una pensativa melancolía se apoderó de mi espíritu a la idea de que me había despedido de un antiguo y agradable compañero y de que, cualquiera que pudiese ser la duración futura de mi historia, la precaria vida del historiador no podía ser larga”.

Entre tanto, estalló la Revolución Francesa, forzando a Gibbon a volver a Inglaterra, donde murió en enero de 1794.

Gibbon pertenece al corto número de escritores que ocupan lugar eminente tanto en literatura como en historia. Es un excelente estilista. Un bizantinista contemporáneo le compara a Tucídides y a Tácito.

Aunque reflejando, en general, las tendencias de su época, Gibbon expresa en su historia una idea que le es propia y define así: “Describo el triunfo de la barbarie y de la religión”, o sea que, en otras palabras, el desarrollo histórico de las sociedades humanas a partir del siglo II de J.C. señalaría, según él, una regresión. Evidentemente, los capítulos de Gibbon sobre el cristianismo no tienen en la época actual un gran valor histórico. Pero no ha de olvidarse que, desde los tiempos de Gibbon, el número de documentos históricos ha aumentado extraordinariamente; que los problemas de la historia han cambiado; que ha aparecido la crítica de las fuentes; que la dependencia recíproca de aquélla y éstas ha sido reconocida y que las disciplinas auxiliares de la historia, como la numismática, la epigrafía, la sigilografía o ciencia de los sellos, y la papirología, han recibido derechos de ciudadanía. Todo esto debe tenerse presente en el ánimo cuando se lee la historia de Gibbon.

Gibbon, que no poseía lo bastante la lengua griega, tenía para la época anterior al 518 —año de la muerte del emperador Anastasio I— un excelente predecesor y guía, al que debe mucho: el historiador francés Tillemont, autor de una obra, famosa en su tiempo, sobre la *Historia de los emperadores* (seis volúmenes, Bruselas, 1692), que llegaba hasta 518. Gibbon escribió la parte de su historia correspondiente a esa época, con más detalles y más cuidado.

Pero en la historia posterior, es decir, la del Imperio romano de Oriente o bizantino, que para el caso es lo que nos interesa más, Gibbon, que halló obstáculos mucho más difíciles de vencer y se encontraba muy sometido a la influencia de las ideas del siglo XVIII, no logró llevar a cabo su tarea con pleno éxito.

El historiador inglés Freeman escribe: “Gibbon, con todas sus extraordinarias facultades de síntesis y condensación, que no aparecen en sitio alguno de manera tan enérgica como en sus capítulos bizantinos; con sus vividas descripciones; con su arte de sugestión, aun más penetrante, posee, incluso, un estilo que de seguro no puede inspirar consideración y estima para los personajes y los períodos de que habla, ni conducir a numerosas personas a estudiarlos de manera más detallada. Su innegable talento, hecho de burlas y depreciaciones, le guía a todo lo largo de su obra. Subraya de modo excesivo las anécdotas que muestran el lado débil o risible de una cierta época o un cierto personaje y es incapaz de admirar con entusiasmo a alguien o a algo. Casi toda su historia, contada de esa manera, ha de dejar penetrar en el ánimo del lector, ante todo, su lado vil. Quizá ninguna historia habría podido pasar sin daño a través de semejante

prueba y la historia bizantina era, entre todas, la menos capaz de soportar parecido trato”.

Por todas esas razones, la historia bizantina, expuesta por Gibbon con cuantas particularidades son propias a éste, queda presentada por él bajo una falsa luz. La historia privada y los asuntos de familia de todos los emperadores, desde los hijos de Heraclio a Isaac el Ángel, aparecen condensados en un solo capítulo. “Tal manera de tratar la cuestión corresponde en absoluto con la actitud despreciativa del autor hacia el Imperio bizantino, o Bajo Imperio”, escribe Bury.

El punto de vista de Gibbon sobre la historia interior del Imperio a partir de Heraclio no sólo peca por su carácter superficial, sino que falsea por completo la presentación e interpretación de los hechos. Con todo, no ha de perderse de vista que, en tiempos de Gibbon, había épocas enteras aun en sombras y sin trillar: así la época de la disputa de las imágenes, la historia social de los siglos X y XI, etc. Pese a los graves defectos y lagunas de la obra, y en especial si éstos se tienen siempre presentes en el ánimo, el libro de Gibbon puede ser leído con fruto e interés incluso en nuestros días.

La primera edición de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, de Gibbon, apareció en seis volúmenes, en Londres, de 1776 a 1788, y desde entonces se sucedieron una serie de ediciones. A fines del siglo XIX, el bizantinista inglés Bury reeditó la *Historia* de Gibbon, dotándola de comentarios preciosos y de gran número de adiciones interesantes y nuevas sobre diversas cuestiones, así como de un índice perfecto (Londres, 1896-1900, 7 vols.). El fin de Bury era mostrar prácticamente los progresos de la ciencia histórica desde la época de Gibbon. La obra de este último está traducido a casi todas las lenguas europeas. Hasta la aparición de la edición de Bury, era la traducción francesa la que presentaba más interés, gracias al comentario crítico e histórico del célebre historiador y estadista francés Guizot. Esa traducción apareció, en crece volúmenes, en París, en 1828. En lengua rusa, la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, traducida por Nieviedomski, se publicó en Moscú, en siete volúmenes, en los años 1883-1886.

### **Lebeau.**

La actitud negativa manifestada respecto a Bizancio por los mejores representantes del pensamiento francés del siglo XVIII, no impidió al francés Lebeau, en la segunda mitad del mismo siglo, exponer en veintiún volúmenes, y con abundancia de detalles, los hechos de la historia bizantina. Lebeau, que no conocía bien la lengua griega, se sirvió, en general, de traducciones latinas y manejó las fuentes sin preocupación crítica alguna. Dio a su compilación el título de *Historia del Bajo Imperio* (1757-1786), y ese título fue por largo tiempo el símbolo de la actitud desdeñosa que se mantenía respecto al Imperio bizantino (ya que la palabra *Bajo* tiene, en efecto, dos sentidos, según se piense en el espacio o en el tiempo. Lebeau pensaba en el primer sentido, el peyorativo). La *Historia* de Lebeau, continuada por otra persona hasta alcanzar veintisiete volúmenes, no tiene hoy gran importancia.

En el siglo XIX, la obra se publicó de nuevo (21 vols., París, 1824-1836), previa revisión y con aditamentos debidos a fuentes orientales. De esto se encargaron los dos orientistas Saint-Martin y Brosset, el primero especialista de historia armenia y el

segundo de historia georgiana. La nueva edición, merced a las numerosas adiciones proporcionadas por las fuentes orientales, sobre todo armenias, puede presentar algún interés, incluso hoy.

### **Royou.**

En la época napoleónica apareció en francés la compilación, en 9 volúmenes, de J.C. Royou —periodista y abogado bajo el Directorio, y censor teatral bajo la Restauración—, que lleva el mismo título que la de Lebeau: *Historia del Bajo Imperio desde Constantino hasta la toma de Constantinopla en 1453* (París, año XII, 1803). El autor, después de declarar en el prefacio que la mayoría de las historias escritas en francés deben ser rehechas y refundidas, sobre todo las del “Bajo Imperio”, arremete contra Lebeau, a quien “a pesar de algunos méritos, apenas puede leersele”. Según Royou, Lebeau ha olvidado que “la historia no debe ser el relato de los acontecimientos que han pasado en el mundo entero, sino de los que presentan algún interés. Lo que no tiene por objeto la instrucción ni el placer, debe, sin titubeos, ser sacrificado”.

El autor estima que “observando las causas de la caída de los Estados, se pueden hallar los medios de evitarla, o al menos de retardarla”. “Finalmente, en Constantinopla se puede, por decirlo así, seguir, con cierto placer, la sombra del Imperio romano, y ese espectáculo atrae hasta el último momento”. Esta obra de Royou, poco original y a menudo anecdótica, no va acompañada de referencia alguna. Por las opiniones citadas cabe darse cuenta del poco valor de la obra de Royou.

### **Finlay.**

Las obras generales de alguna importancia que tratan de la historia de Bizancio, no empiezan a aparecer sino hacia mediados del siglo XIX.

La historia bizantina adelanta un gran paso con los libros del historiador Jorge Finlay, autor de una *Historia de Grecia desde la conquista romana hasta nuestros días* (de 146 a. C. a 1864). Finlay, como Gibbon, ha dejado una autobiografía donde cabe averiguar los principales hechos de su apasionante existencia, que ejerció un influjo seguro sobre la creación de su obra. Finlay nació en Inglaterra en diciembre de 1799, y allí recibió su primera educación. Después, deseando hacerse abogado, fue a perfeccionarse en Derecho romano en la ciudad alemana de Goettingen. El tío del joven Finlay le dijo al despedirse: “Ea, Jorge, espero que te apliques al Derecho romano. Pero supongo que visitarás Grecia antes de que yo vuelva a verte”. Las palabras del tío resultaron proféticas. La revolución griega, que estallaba entonces, atraía sobre Grecia la atención de toda Europa. En vez de aplicarse al Derecho romano, Finlay leyó obras sobre Grecia, estudió la lengua griega y decidió, en 1823, visitar Grecia, para estudiar la vida del pueblo que le había seducido y también para ilustrarse sobre las posibilidades de éxito de la insurrección griega.

Durante su estancia en Grecia en 1823-24, Finlay encontró muchas veces a Byron, que, como todos saben, había ido a defender la causa de aquella nación y allí halló un fin prematuro. En 1827, tras una corta temporada en Inglaterra, Finlay volvió a Grecia, participando en la expedición del general Gordon para desbloquear Atenas. Al fin, la

llegada del conde Capo d'Istria en calidad de presidente de la República griega, y la protección de tres grandes potencias, dieron a los griegos la promesa, con palabras de Finlay, de “una época de progreso apacible”. Proheleno convencido, animado de una fe profunda en el porvenir del nuevo Estado, Finlay, en su entusiasmo, decidió establecerse para siempre en el suelo de la antigua Hélade, y adquirió en Grecia una propiedad en la que gastó toda su fortuna. En esa época concibió la idea de escribir la *Historia de la revolución griega*. Finlay murió en Atenas en enero de 1876. Su deseo de escribir una historia de la revolución griega le había forzado a ocuparse del pasado de Grecia. Poco a poco se vieron aparecer, gracias a la pluma de Finlay, una serie de trabajos monográficos sobre la historia griega. En 1844 publicó *Grecia bajo los romanos* (“Greece under the Romans”), que abarcaba los sucesos comprendidos entre el 146 a.C. y el 717 d.C. En 1854 se editó su obra en dos volúmenes, *Historia de Bizancio y del Imperio griego* desde 761 a 1455. Siguieron dos obras sobre la historia griega moderna y contemporánea. Más tarde, el autor revisó todas sus obras y preparó una nueva edición. Pero murió antes de realizar plenamente su sueño. Después de su muerte, su *Historia de Grecia desde la conquista romana hasta nuestros días*. (146 a.C.-1864) fue editada por Tozer en 1877 en siete volúmenes, Tozer publicó en el primer tomo la autobiografía de Finlay. Esta última edición es la que debe utilizarse hoy. Para Finlay, la historia de Grecia bajo la dominación extranjera “nos narra la decadencia y las desgracias de esta nación que, en la antigüedad, alcanzó el más alto grado de civilización”. Dos mil años de sufrimientos “no han podido borrar el carácter nacional, ahogar el amor propio nacional. La historia de un pueblo que ha conservado durante siglos su lengua, su nacionalidad y una energía resucitada con bastante potencia para permitirse formar un Estado independiente, no debe desdeñarse. La vida de Grecia durante los largos años de su esclavitud no ha sido la vida de un pueblo uniformemente degenerado. Bajo la dominación de los romanos, y después bajo la de los turcos, los griegos no representan más que un elemento ínfimo en un inmenso Imperio. Dado su carácter pacífico, no desempeñan un papel político considerable, y las numerosas revoluciones y revueltas de importancia que se producen bajo los emperadores y los sultanes no ejercen influencia directa sobre Grecia. Por eso, ni la historia general del Imperio romano ni la historia general del Imperio otomano forman parte integrante de la historia griega. Muy diversamente sucedió bajo los emperadores bizantinos: entonces los griegos se identificaron, por decirlo así, con la administración imperial. Esos cambios en la situación política de la nación griega en el curso de las edades, exigen al historiador que use métodos diferentes para exponer a la luz los rasgos característicos de los diversos períodos”.

Finlay divide la Historia de Grecia bajo la dominación extranjera en seis períodos:

1. El primer período abraza la historia de Grecia bajo la dominación de Roma. Este período de la influencia preponderante de Roma no termina sino en la primera mitad del siglo VIII, con el advenimiento de León el Isáurico, que da un carácter nuevo a la administración de Constantinopla.
2. El segundo período abarca la historia del Imperio romano de Oriente bajo su nueva forma, con el nombre convencional de Imperio bizantino. La historia de ese despotismo mitigado, renovado y vuelto a renovar por los emperadores iconoclastas, presenta una de las lecciones más notables e instructivas de la historia de las instituciones monárquicas. En tal período, la historia de Grecia se mezcla íntimamente a

los anales del gobierno imperial, de donde se desprende que la historia del Imperio bizantino forma parte de la historia del pueblo griego. La historia de Bizancio dura desde León el Isáurico (715) hasta la toma de Constantinopla por los cruzados (1204).

3. Después de la caída del Imperio romano de Oriente, la historia de Grecia sigue caminos divergentes y varios. Los griegos desterrados de Constantinopla (“romano-griegos”, dice Finlay), se refugiaron en Asia, instalaron su capital en Nicea, continuaron la administración imperial en algunas provincias según el antiguo modo y las antiguas denominaciones, y recuperaron Constantinopla al cabo de una sesentena de años. Pero aunque su gobierno conservase orgullosamente el apelativo de Imperio romano, no eran más que sus representantes degenerados, incluso en relación al Estado bizantino. Este tercer período puede ser llamado “el Imperio griego de Constantinopla”. Su impotente existencia fue aniquilada por los turcos osmanlíes con la toma de Constantinopla en 1453.

4. Los cruzados, después de conquistar la mayor parte del Imperio bizantino, se distribuyeron sus conquistas con los venecianos y fundaron el Imperio latino de Romania, con principados feudales en Grecia. La dominación de los latinos es un hecho muy importante, que muestra bien la decadencia de la influencia griega en Oriente y en el cual reside a la vez la causa del rápido empobrecimiento y disminución de la nación griega. Este período dura desde la toma de Constantinopla por los cruzados, en 1204, a la conquista de la isla de Naxos por los turcos, en 1566.

5. La toma de Constantinopla en 1204 llevó a la fundación de un nuevo Estado griego en las provincias orientales del Imperio bizantino, conociéndose tal Estado por el nombre de Imperio de Trebisonda. La existencia de éste representa un curioso episodio de la historia griega, aunque su gobierno se hiciese notar por particularidades delatoras del influjo de costumbres asiáticas más que europeas. Ofrece, en efecto, mucha semejanza con los reinos armenios y georgianos. Durante dos siglos y medio, el Imperio de Trebisonda ejerció una influencia bastante grande, fundada más en su situación y sus recursos comerciales que en su fuerza política o su civilización griega. Su existencia gravitó poco sobre el destino de Grecia y su caída en 1461 produjo escasas lamentaciones.

6. El sexto y último período de la historia de Grecia bajo la dominación extranjera, se prolonga de 1453 a 1821 y abarca la época del gobierno turco y la ocupación temporal del Peloponeso por la República Veneciana, de 1685 a 1715.

Como se ha hecho notar más arriba, la obra de Finlay señala un gran progreso en el estudio de la historia de Bizancio. Si bien su división de la historia griega en períodos es, como toda división esquemática de este género, discutible, el autor, sin duda, tiene el mérito de haber sido el primero en atraer la atención sobre la historia interna del Estado bizantino, es decir, sobre sus instituciones jurídicas, sociales, económicas, etc. Ciertamente que no se trata de una serie de estudios profundos y originales —no existentes, por otra parte, ni aun a la hora de hoy—, y cierto también que la mayoría de las páginas que Finlay consagra a la historia interior tienen a veces como fundamento consideraciones generales y analogías con sucesos de la historia contemporánea reciente. Pero Finlay ofrece el gran mérito de haber sido el primero en indicar y promover varios problemas de historia interior bizantina de máximo interés. La historia

de Finlay se lee hoy todavía con provecho, pese a que el autor acometió el estudio de la historia bizantina sino porque no podía de otro modo relatar la historia griega moderna.

“Por la profundidad y originalidad de sus investigaciones —dice el historiador inglés Freeman—, por su notable aptitud para apurar un tema y sobre todo por el espíritu valeroso e independiente de sus búsquedas, Finlay se clasifica entre los primeros historiadores de nuestro tiempo. Su libro aparece como una de las más puras (*sterling*) obras maestras de nuestro siglo. Si se toman en consideración todas las circunstancias —la extensión de la concepción y las dificultades de la puesta en práctica—, el libro de Finlay aparece como una de las más grandes obras históricas que la literatura inglesa haya dado desde la época de Gibbon (esto se escribía en 1855). Finlay pasó su vida en el país y en medio del pueblo que describió. Quizá ninguna obra histórica haya sido tan directamente deudora a los fenómenos prácticos del mundo contemporáneo. Viviendo en Grecia, este hombre de espíritu observador y valeroso, más jurista y economista que sabio profesional, se vio obligado a meditar sobre el estado del país que habitaba y a describir en orígenes milenarios las causas de lo que veía. Leyendo las obras de Finlay, se ve fácilmente cuánto ese pueblo ha ganado y perdido a causa de las circunstancias particulares en que ha estado integrado. Ninguna obra escrita por un sabio o un político ordinarios ha podido aproximarse nunca a la fuerza innata y la originalidad de esa de un pensador retirado del mundo, que estudiaba, meditaba y relataba los sucesos de dos mil años para poder resolver los problemas que veía situarse ante su propia puerta”.

En las últimas palabras, Freeman señala a lo vivo una de las particularidades características de Finlay, quien, sirviéndose de sobrevivencias antiguas en el presente, trataba de explicar fenómenos análogos en el pasado.

### **Paparrigópulos.**

A mediados del siglo XIX, la atención de los especialistas fue atraída por la obra de un sabio griego de mérito, profesor en la Universidad de Atenas, Paparrigópulos, quien había de consagrar toda su vida al estudio de la historia del pasado de su país.

Ya en el segundo cuarto de siglo había publicado obritas históricas llenas de interés, como *De la instalación de algunas tribus eslavas en el Peloponeso* (Atenas, 1843). Pero esos no eran más que trabajos preparatorios de su gran obra. La principal tarea de su vida consistió en escribir la historia de su país y el resultado de treinta años de trabajo fue la publicación en cinco tomos de su *Historia del pueblo griego desde los tiempos más antiguos hasta la época contemporánea*. Han aparecido después varias ediciones. La más reciente es la de Karolides, Atenas, Atenas, 1925). Esta obra expone la historia del pueblo griego hasta 1832. Libro bastante voluminoso, y escrito en griego moderno, no era accesible a la mayoría de los lectores. Así, Paparrigópulos presentó en francés los resultados principales de su trabajo en un único tomo publicado bajo el título de *Historia de la civilización helénica* (París, 1878). Poco antes de su muerte, el autor empezó a escribir otro trabajo semejante en lengua griega, pero murió antes de haberlo podido terminar. Después de su muerte, el libro se publicó en Atenas con el siguiente título: *Los resultados más instructivos de la historia del pueblo griego* (Atenas, 1899). Se trata de una especie de resumen, revisado en algunos lugares, de lo expuesto por el autor con más detalle en sus cinco volúmenes.

Los volúmenes II, III, IV y V de la obra principal son los que tienen relación con la época bizantina.

A pesar de su carácter netamente tendencioso, la obra de Paparrigópulos es muy digna de mención. El autor, patriota convencido, examina la historia desde el punto de vista puramente nacional. En todos los fenómenos importantes ve un principio griego y considera la influencia romana como accidental y superficial. La época de los emperadores iconoclastas es objeto particular de su atención y favor exclusivos. Sin detenerse en el lado meramente religioso de la cuestión, el sabio griego ve en ese movimiento una verdadera tentativa de reforma social, salida del subsuelo del espíritu griego, y, en su entusiasmo, asegura que “en el fondo, la reforma helénica del siglo VIII, haciendo abstracción de los dogmas esenciales de la fe, fue, desde el punto de vista de los cambios sociales, mucho más amplia y sistemática que la Reforma que se produjo más tarde en la Europa occidental y que predicó principios y doctrinas que se encuentran, con sorpresa, en el siglo VIII”. Pero semejante reforma fue demasiado atrevida y radical para la sociedad bizantina, y ello produjo, después de la época iconoclasta, una reacción. Por eso la dinastía macedónica tuvo en la historia de Bizancio un valor esencialmente conservador. El helenismo conservó su fuerza durante la Edad Media. No hubo causa interna en la caída de Constantinopla en 1204; la capital del Estado cedió meramente a la fuerza bruta material de los cruzados. Si aquel desgraciado suceso de 1204 asestó un golpe al “helenismo bizantino”, por lo contrario, a poco tiempo, el primer lugar se halla ocupado por el “helenismo contemporáneo”, cuya posteridad inmediata resultan ser los griegos del siglo XIX. Así, según Paparrigópulos, el helenismo vivió, en una u otra forma, una vida llena de vigor durante toda la historia bizantina. Naturalmente, el entusiasmo del patriota griego no ha dejado de influir mucho en la obra del sabio. Sin embargo, su gran *Historia del pueblo griego y su Historia de la civilización helénica*, en francés, son libros valiosos a pesar del carácter tendencioso indicado más arriba. El mérito principal de Paparrigópulos consiste en el hecho de haber mostrado la mucha importancia y complejidad del movimiento iconoclasta. Pero, en cierto sentido, su *Historia* no es de fácil uso: no tiene índice ni notas, y por consecuencia, la comprobación de sus expresiones, es singularmente difícil de interpretar y en especial delicada en sus conclusiones.

## **Hopf.**

En el número de los sabios concienzudos y laboriosos que sobresalen, a mediados del siglo XIX, en el dominio del bizantinismo, es preciso alinear al profesor Carlos Hopf (1832-1873).

Hopf, de origen westfaliano, era hijo de un profesor de liceo especializado en el estudio de Homero. Desde su primera infancia mostró una memoria prodigiosa y dones extraordinarios para las lenguas extranjeras. Después de terminar sus estudios en la universidad de Bonn, quedó en ella en calidad de “profesor adjunto” y se entregó con entusiasmo al cumplimiento de la tarea de su vida científica: el estudio de la historia de Grecia bajo la dominación franca, o sea a partir de 1204. En 1853-54, Hopf emprendió su primer viaje a la Italia del Norte, vía Viena. En esa región, que se encontraba entonces bajo la hegemonía austríaca, trabajó con asiduidad, sobre todo en los archivos particulares. El resultado de su labor fue una serie de monografías consagradas a las

historias respectivas de los señoríos francos en Grecia y en las islas del Egeo, y también la publicación de los archivos referentes a esas cuestiones.

Nombrado profesor en Greifswald y luego bibliotecario y profesor en la Universidad de Koenigsberg, Hopf siguió ocupándose de la Edad Media. En su segundo viaje científico, en 1861 a 1863, visitó Génova, Nápoles, Palermo, Malta, Corfú, Zante, Siria, Naxos y Grecia, donde reunió un conjunto considerable de manuscritos. De vuelta a su país, Hopf comenzó a discriminarlos, pero su salud se quebrantó, muriendo en agosto de 1873, en Wiesbaden, cuando estaba en plena madurez y en plena potencia creadora. Había publicado un número apreciable de monografías y artículos y gran número de documentos de la época franca.

La obra capital de Hopf es *Historia de Grecia desde la Edad Media hasta la época contemporánea* (“Geschichte Griechenlands vom Beginne des Mittelalters bis auf die neuere Zeit”, 1867-68).

La *Historia de Grecia*, de Hopf, impresiona desde el principio por la vasta documentación del autor, sobre todo en las partes de su libro donde utiliza la rica colección de los manuscritos que reunió. Consagra lo más de su obra a la historia de la dominación franca en Oriente. Su exposición se apoya en una cantidad considerable de manuscritos y archivos. Hopf es, sin duda, el primero que ha narrado en detalle la historia externa de aquella dominación, no sólo en los centros principales, sino también en las pequeñas islas del mar Egeo. No estando editados todos los manuscritos reunidos por Hopf, ciertas partes de su libro, escritas por él según fuentes inéditas, pueden ser consideradas por sí mismas como fuentes originales.

De esa misma historia se analiza con detalle la cuestión de los eslavos en Grecia. En tal parte de su libro, Hopf opone hechos y pruebas a la famosa teoría de Fallmerayer, según la cual la sangre de los griegos contemporáneos no contiene una sola gota de sangre helena antigua, y según la cual también los griegos contemporáneos son descendientes de eslavos y albaneses que invadieron Grecia en la Edad Media.

Por desgracia, esta obra capital de Hopf se publicó en la colección anticuada y poco conocida que se denomina *Enciclopedia general de las ciencias y las artes*, de Ersch y Gruber (“*Ersch-Gruber Allgemeine Encyclopadie der Wissenschaften und Künste*”, t. LXXXV y LXXXVI). La edición, poco cuidada, de la *Historia* de Hopf, no sólo no posee el índice indispensable a su estudio, sino que ni siquiera va seguida de un cuadro de materias, con lo que el uso de este trabajo presenta grandes dificultades materiales. Además, la edición de Hopf, tal como la poseemos, no fue probablemente preparada por el autor, y así los materiales están dispuestos en orden poco claro, la dicción es seca y tosca y el libro se lee con dificultad. Pero la inmensa cantidad de documentos nuevos e inéditos que Hopf ha introducido en su obra, y que descubren páginas nuevas de la historia griega de la Edad Media en la época de la dominación franca, permiten considerar este libro del sabio alemán como una obra de extrema importancia. La atención del autor se concentra, sobre todo, en los acontecimientos exteriores.

Hopf murió sin haber podido utilizar ni editar todo el material manuscrito que había reunido. Hoy, la herencia manuscrita de Hopf se halla en la Biblioteca Nacional de Berlín y ofrece un rico material de documentación a los historiadores.

La historia de Hopf no está al alcance del público en general, porque es demasiado árida y demasiado erudita y está publicada en una enciclopedia poco conocida. Hay sabios alemanes que, sirviéndose de las obras de Hopf, han dado una perspectiva de la historia griega de la Edad Media, es decir, de la historia de Bizancio, en una forma más accesible. Entre esos historiadores deben mencionarse dos: Herzberg y Gregorovius.

### **Herzberg.**

Herzberg, después de ocuparse de la historia de la Grecia antigua y de Roma, pasó en seguida a la Edad Media y escribió dos obras de carácter general: primero, *Historia de Grecia desde el fin de la antigüedad hasta nuestros días* (“Geschichte Griechenlands seit dem Absterben des antiken Lebens bis zum Gegenwart”, Gotha, 1876-79, 4 tomos), y segundo. *Historia de Bizancio y del Imperio turco otomano hasta fines del siglo XVI* (“Geschichte der Byzantiner und des Osmanischen Reiches bis gegen Ende des sechszehnten Jahr-hunderts”, Berlín, 1883). Estas dos obras, sin constituir un estudio original propiamente dicho, han introducido, valga la frase, varios resultados de los trabajos de Hopf en un círculo más vasto de lectores, ya que están escritos con dicción mejor y más fácil. La segunda obra ha aparecido en ruso, traducida por P. V. Bezobrasov, con comentarios y adiciones, bajo el título; G. F. Heitzberg, *Historia de Bizancio*, Moscú, 1896. Lo que hace preciosa la traducción rusa de esta obra con relación al original, es que Besobrasov, en sus comentarios, no sólo indica la bibliografía más reciente sobre el tema, sino que introduce adiciones comprendiendo los resultados principales de los trabajos de los sabios rusos en el dominio de la historia interior de Bizancio, que Herzberg había dejado de lado. Así, hallamos datos valiosos sobre el Gran Palacio, el ceremonial de la Corte, las corporaciones de artesanos y comerciantes, los labriegos, las comunidades rurales, el Código rural, los medios de defensa de las propiedades rústicas, la servidumbre de la gleba, la condición de los siervos, las tierras de los colonos, el catastro, el sistema de impuestos y los abusos de autoridad de los funcionarios del fisco.

La última obra de Herzberg, sobre todo en su traducción rusa, es muy útil para la iniciación en la historia de Bizancio.

### **Gregorovius.**

El otro sabio que utilizó los trabajos de Hopf como base de su obra fue F. Gregorovius, ya antes célebre con justicia por su gran obra sobre la Historia de Roma en la Edad Media. Sus trabajos acerca de la Historia de la Roma medieval sugirieron al autor la idea de acometer la historia medieval de otro centro de civilización antigua: Atenas. El resultado de este último estudio fue la *Historia de la ciudad de Atenas en la Edad Media* (“Geschichte des stadt Athen im Mittelalter”, 2 vols., Stuttgart, 1889). El libro de Gregorovius se apoya en la labor de Hopf, “base sólida de todos los trabajos que en esta esfera se han sucedido hasta aquí, así como de los que se emprendan en el porvenir”. Pero Gregorovius introduce también en su obra el estudio de la civilización del país, de lo que Hopf, como sabemos, no se había ocupado. Gregorovius llega brillantemente al objetivo que se propone. Sirviéndose de materiales puestos al día por Hopf, presenta una bien compuesta exposición de la historia de Atenas en la Edad

Media, sobre el fondo general de la historia de Bizancio, y eslabona los sucesos hasta la proclamación del reino griego en el siglo XIX.

La obra de Gregorovius puede ser leída con provecho por todos los que se interesen en la historia de Bizancio.

### **Bury.**

J. B. Bury, nacido en 1861, fue designado en 1893 profesor de historia moderna en Trinity College, Dublín, y en 1902 nombrado profesor real de moderna en la Universidad de Cambridge. Escribió, aparte de otras obras ajenas a la esfera del bizantinismo, tres volúmenes sobre la *Historia general de Bizancio*, abarcando los acontecimientos comprendidos entre 395 y 867. Los dos primeros tomos aparecieron en 1889 con el título de *Historia del Imperio romano desde Arcadio a Irene* (“A History of the later Roman Empire from Arcadius to Irene”, Londres, 1889). En ellos se exponen los sucesos hasta el año 800, fecha de la coronación de Carlomagno por el Papa León III, en Roma. “Nadie estaba preparado para la revelación de la amplitud y profundidad de los estudios bizantinos de Bury cuando aparecieron, en 1889, los dos tomos de su *Historia del Bajo Imperio*. Era una obra sorprendente, una obra que desbrozaba nuevas sendas, y con ella estableció Bury su reputación de historiador”. El tercer tomo apareció 23 años más tarde bajo el título de *Historia del Imperio romano de Oriente desde la caída de Irene hasta la exaltación de Basilio I* (“A History of the Eastern Roman Empire from the fall of Irene to the accession of Basil I”, Londres, 1912). Este volumen versa sobre el período comprendido entre el 802 y el 867. En 1923 se imprimió una segunda edición de los dos primeros tomos, incluyendo sólo los acontecimientos sucedidos hasta el reinado de Justiniano (565 d. C.). No es una nueva edición revisada y aumentada, sino casi una obra nueva sobre los principios de la historia bizantina. El primero de esos dos volúmenes podría, según el autor, titularse *La conquista de la Europa occidental por los germanos*, y el segundo, *La época de Justiniano*. La historia del período 565-800 no ha sido reeditada aún. El autor, evidentemente, se proponía escribir una historia bizantina de gran envergadura. Pero, por desgracia, Bury murió en Roma el 1 de junio de 1927.

Bury aparece en su obra como el representante de la justa idea de la continuidad del Imperio romano desde el siglo I al XV. La historia no tiene ningún período, dice Bury en el prefacio de su primer tomo, que haya sido tan oscurecido por apelativos falsos e imprecisos como el período del Bajo Imperio romano. El hecho de que obstinadamente se haya aminorado la importancia de esa historia y se haya presentado su carácter a una falsa luz, resulta, en más de lo que podría suponerse, de los nombres impropios que se la ha aplicado. El primer paso hacia el entendimiento de la historia de los siglos a través de los cuales el mundo pasó de la antigüedad a los tiempos modernos, ha sido dado cuando se ha comprendido que el antiguo Imperio romano no había cesado de existir hasta 1453. En el trono se sucedieron, en orden interrumpido, una serie de emperadores romanos, desde Octavio Augusto hasta Constantino Paleólogo, último emperador bizantino. Hoy, ese hecho esencial está oscurecido por los nombres de bizantino y griego aplicados al Bajo Imperio. Los historiadores que se atienen al nombre de *Imperio bizantino* no están acordes en determinar dónde termina el Imperio romano y dónde empieza el Imperio bizantino. El límite elegido entre las respectivas historias es, ora la

fundación de Constantinopla por Constantino el Grande, ora la muerte de Teodosio el Grande, ora el reinado de Justiniano, ora, como quiere Finlay, la exaltación de León el Isáurico al trono. Y el historiador que acepta una división de éstas no puede afirmar que no tenga razón el que adopte otra, porque todas son puramente arbitrarias. El Imperio romano no terminó antes de 1453, y las expresiones *Imperio bizantino*, *griego*, *romano* o *greco-romano* no hacen sino oscurecer un hecho muy importante y generar graves confusiones.

Tales consideraciones llevan a Bury a dar a sus dos primeros volúmenes, que guían al lector, como se dijo, hasta el año 800, el título de *Historia del Bajo Imperio romano*. En el año 800, Carlomagno fue proclamado emperador en Roma. Por esa razón se puede, a contar de esa época, llamar a los dos imperios rivales Imperio de Occidente e Imperio de Oriente. Por desgracia, el apelativo de Imperio romano de Oriente se aplica a menudo a tal o cual época con la que no cuadra en absoluto tal nombre. Así, se habla del Imperio romano de Oriente o de Occidente en el siglo V, o bien de la caída del Imperio de Occidente en el 476. Semejantes afirmaciones, aunque consagradas por la autoridad de ingenios eminentes, son erróneas y engendran confusiones. Veamos en qué consiste su impropiedad: en el siglo V el Imperio romano era uno e indivisible. Podría haber más de un emperador, pero nunca hubo dos imperios. Hablar de dos imperios en el siglo V sería presentar con un aspecto totalmente falso la teoría del poder imperial. Nadie habla de dos imperios romanos en los tiempos de Constancio y Constante (los sucesores de Constantino el Grande), y las relaciones políticas que existían entre León I y Antemio eran las mismas que existían entre los hijos de Constantino. Los emperadores podían ser independientes uno de otro y hasta hostiles entre sí; pero la unidad del Imperio que gobernaban no se rompió, teóricamente, nunca. El Imperio no dejó de existir el 476, fecha que no hizo más que señalar un grado, y no el más importante, en el proceso de desintegración que persistió durante todo un siglo. La abdicación de Rómulo Augústulo no hizo vacilar el Imperio romano, ni mucho menos contribuyó a la caída del Imperio. Es lamentable que, siguiendo a Gibbon, quien habla de la “caída del Imperio de Occidente”, varios escritores contemporáneos hayan adoptado este término. El Imperio romano existió desde el siglo I hasta mediados del XV. Y sólo a partir del 800 se le puede llamar Imperio romano de Oriente, a causa de la fundación de otro Imperio romano en Occidente. Bury da a su tercer volumen, que expone los sucesos posteriores al 802, el título de *Historia del Imperio romano de Oriente*, a diferencia de sus dos primeros tomos.

Después de hacer observar el desprecio que los historiadores y los filósofos, a partir del siglo XVIII, consagran a Bizancio, Bury señala que, por ese hecho, demuestran un desconocimiento completo de uno de los factores más importantes del desarrollo de la civilización de la Europa occidental, a saber, la influencia del Bajo Imperio romano y de la Roma moderna.

Desde luego, la opinión de Bury no es del todo nueva. La continuidad del Imperio romano hasta el siglo XV había sido ya reconocida antes, como lo hizo Montesquieu en sus *Consideraciones* sobre las causas de la grandeza de los romanos y su decadencia. Pero Bury ha valorado esa tesis con una fuerza singular, desarrollándola en toda su obra.

El libro de Bury merece muy particular atención. Al exponer los destinos de la mitad oriental del Imperio, sigue a la vez, hasta el 800, los sucesos de la mitad occidental, lo que evidentemente corresponde por entero a su manera de concebir la unidad del Imperio romano. No se contenta sólo con la historia política y consagra capítulos enteros a los problemas de la administración, la literatura, la vida social, la geografía, el arte, etc. Los dos primeros capítulos de la segunda edición, dedicados a la constitución imperial y a la organización administrativa, son considerados por un eminente especialista de la historia del Imperio romano como “la mejor y más breve descripción de las condiciones generales de la vida en el Bajo Imperio romano”.

Bury tenía un conocimiento perfecto del húngaro, el ruso y otras lenguas eslavas, y, en consecuencia, en el tercer volumen de su historia pone a contribución todas las obras rusas y búlgaras concernientes a la historia de Bizancio.

### **Lambros.**

Espiridión Lamerós, sabio griego contemporáneo, nacido en Corfú en 1851 y muerto en 1919, profesor en la universidad de Atenas, editor infatigable de documentos manuscritos y de textos históricos, autor de un catálogo de los manuscritos griegos del Athos, etc., escribió entre 1886 y 1908 los 6 volúmenes de su *Historia ilustrada de Grecia, desde los tiempos más remotos a la toma de Constantinopla* (Atenas, 1886-1908, 6 tomos). La obra de Lambros, dedicada sobre todo al público en general, expone clara y metódicamente los acontecimientos de la historia bizantina hasta el fin de la existencia del Imperio de Bizancio. El autor no indica las fuentes. El texto va ilustrado con numerosas láminas. La actividad y la importante obra de Lambros no han sido apreciadas todavía en su justo valor.

### **Gelzer.**

Heinrich Gelzer, profesor en la Universidad de Jena, escribió para la segunda edición de la *Historia de la Literatura bizantina*, de Krumbacher, un *Bosquejo de la historia de los emperadores bizantinos* (“Abriss der byzantjnischen Kaiser geschichte”, Munich, 1897). El Bosquejo de Gelzer trata sobre todo la historia exterior y el autor aparece a menudo bajo el influjo del libro de Hertzberg. Gelzer, político militante, desliza a veces sin necesidad sus simpatías políticas en sus apreciaciones de los fenómenos históricos de la época bizantina. Su *Bosquejo* puede ser útil para informes elementales.

Es curioso oír en boca de un sabio alemán frases como las siguientes en el curso de su obra: “Un Zar de Rusia se unió en matrimonio a una princesa de la Casa de los Paleólogos; la corona de Constantino Monómaco fue puesta en el Kremlin sobre la cabeza del Zar autócrata de todas las Rusias. El Imperio ruso representa la verdadera continuación del Imperio de Bizancio. Y si Santa Sofía debe alguna vez ser devuelta a la verdadera fe, si el Asia Menor debe alguna vez ser arrancada a la dominación innober de los turcos, ello no podrá ser realizado más que por el Zar ruso. La oposición de Inglaterra pugna con la naturaleza y la historia, y ciertamente será destrozada más pronto o más tarde. El emperador de Constantinopla no puede ser más que el defensor

de la ortodoxia, el Zar ruso, en la medida en que se halla compenetrado de los inmensos deberes vinculados a esa tarea”.

### **Hesseling.**

En 1902, D. C. Hesseling, profesor de la universidad de Leyde, publicó en holandés su libro titulado *Bizancio: estudios de civilización a partir de la fundación de Constantinopla* (“Byzantium. Studien over onze beschavingna de stichting van Konstantinopei”, Haarlem, 1902). Como la lengua holandesa está poco difundida, la obra de Hesseling no se hizo accesible a todos hasta 1907, en que apareció una traducción francesa, con un prefacio del bizantinista francés G. Schlumberger, bajo el título: *Ensayo sobre la civilización bizantina* (París, 1907). En el prólogo a la edición francesa, el autor hace la observación, un tanto enigmática, de que “la traducción ha sido ajustada al gusto del público francés”.

El libro de Hesseling, muy nutrido y no voluminoso en exceso, presenta, a rasgos generales, un cuadro de la civilización bizantina, insistiendo en especial sobre los múltiples aspectos del Imperio de Oriente. No considera más sucesos políticos sino los indispensables para proyectar alguna luz sobre la civilización bizantina, y de nombres y hechos de detalle no menciona más que los relacionados con ideas generales. En cambio da mucho espacio a la literatura y a las artes.

El *Ensayo sobre la civilización bizantina*, de Hesseling, acaso escrito de modo demasiado elemental para los especialistas, es de gran utilidad para aquellos que quieran informarse en una exposición accesible, y a la vez apoyada en bases sólidas, del papel general de Bizancio en el mundo.

### **Bussell.**

Procede hablar aquí de la obra inglesa en dos tomos, de F. W. Busseü, titulada: *El Imperio romano: ensayos sobre su historia constitucional desde el advenimiento de Domiciano al retiro de Nicéforo III* (“The Roman Empire: essays on the Constitutional History from the accession of Domitian to the retirement of Nícephorus III”). Esta obra apareció en Londres en 1910. Aunque no carezca de ideas y cotejos interesantes, el libro queda perjudicado por la imprecisión del relato, por ciertas repeticiones y por la falta de claridad en el plan, todo lo cual hace que se pierdan, con frecuencia, las ideas importantes. Los cuadros cronológicos de este estudio están escogidos a capricho, aunque el autor trata de aplicarlos (I, páginas 1-2 y 13-17). En el segundo volumen se encuentra, de modo completamente inesperado, un bosquejo de las relaciones de Armenia con el Imperio bizantino entre 520 y 1120 (II, Pág. 333-483). El libro de Bussell no es fácil de leer. No se halla en él ninguna nota. La idea esencial del autor es que las formas republicanas de la constitución imperial romana, claras del todo en los primeros siglos del Imperio, siguieron existiendo, de un modo u otro, hasta el período de los Comnenos, en cuya época fueron definitivamente Sustituidas por la forma de autocracia bizantina que llamamos tiranía.

## La “Cambridge Medieval History”.

En la *Cambridge Medieval History* se hallará, con una excelente bibliografía, la más reciente historia general del Imperio bizantino. El primer tomo (1911) trata del período comprendido entre Constantino el Grande y la muerte de Atanasio (518); el segundo tomo (1913) se detiene en la época de los iconoclastas; el cuarto (1923) está consagrado por entero a la historia del Imperio bizantino de 717 a 1453, y a sus relaciones con la historia de los antiguos eslavos, de Armenia, de los mogoles y de los Estados balcánicos. Esta historia general de la Edad Media ha sido editada bajo la dirección del llorado J. B. Bury y es obra de sabios europeos que figuran entre los más eminentes.

## Resúmenes generales de divulgación sobre la historia de Bizancio.

La literatura histórica posee algunos compendios de historia bizantina destinados al gran público y que no tiene, en su mayoría, mucho valor científico. No obstante, tales compendios divulgadores, aunque desprovistos de originalidad, pueden ser de alguna utilidad y despertar en el ánimo del lector un interés duradero por los destinos del Imperio bizantino. La mayoría de esos epítomes de divulgación de historia bizantina están redactados en lengua inglesa.

Muy vívida y bien ilustrada es la obra de C. W. C. Oman, titulada *El Imperio bizantino* (ed., Londres, 1892). F. Harrison, con base en las obras de Finlay y Bury, trata de esclarecer el papel de Bizancio desde el punto de vista de la civilización de la Europa occidental, en su pequeño bosquejo de 63 páginas titulado *La historia bizantina en la Alta Edad Media* (Londres, 1900). Se ha hecho una interesante tentativa de presentar un cuadro de la evolución política y social del Imperio bizantino en la obra en dos volúmenes de Pedro Grenier *El Imperio bizantino: su evolución social y política* (París, 1904). A pesar del carácter imperfecto del desarrollo general del tema, y a despecho del gran número de faltas e insuficiencias más o menos graves —y comprensibles en un no especializado— la obra de Grenier puede ser leída con provecho, porque da informes varios y diversos en el campo de la historia bizantina.

Se halla una historia breve, pero jugosa, de Constantinopla, en relación con la general del Imperio, en el libro de W. N. Hutton *Constantinopla: historia de la antigua capital del Imperio Constantinopla* (“The story of the old capital of the Empire” Londres, 1904), Roth ha escrito un corto y muy árido resumen de la historia de Bizancio con el título de *Historia del estado bizantino* (“Geschichte des Bymtinischen Reiches”, Leipzig, 1904, 125 páginas). También ha publicado en 1917 una breve *Historia social y cultural del Imperio bizantino* (“Sozial und Kulturgeschichte des Byzantinischen Reiches”, Leipzig, 1917).

El profesor Scala, en la *Historia mundial* de Helmoldt, ha dado un resumen de la historia bizantina que resulta a la vez muy rico y muy bien fundado en un conocimiento profundo de las fuentes y de la literatura. Lleva el título de *El helenismo a partir de Alejandro Magno* (“Das Greichentum svit Alesander dem Grossen”, t. V, de la Historia mundial de Helmoldt, Leipzig y Viena, 1904, 116 páginas). El autor se ha detenido largamente en el análisis de la civilizacióa bizantina y tratado de esclarecer su papel. En inglés existe un compendio serio, breve y compuesto según un plan muy convincente, del historiador rumano. Jorga, con el título de *El Imperio bizantino* (Londres, 1907). En

fin, también en inglés, y con excelentes ilustraciones, ha aparecido en 1911 un libro de E. Foord titulado: *The Byzantine Empire, the rearguard of European civilization* (Londres, 1911). Es de lamentar que en este libro la historia de Bizancio en la época de su decadencia, a partir de 1204, sea expuesta demasiado breve y superficialmente.

Se puede hallar un corto examen de la historia de Bizancio en la Historia general desde el siglo IV a nuestros días, de E. Lavissee y A. Rambaud. Otro valioso resumen de la civilización bizantina se encuentra en la obra italiana de VV. Turchi *La Civiltà bizantina* (Turín, 1915).

En 1919, publicó Ch. Diehl su *Historia del Imperio bizantino*. En las 220 páginas de este libro, el autor rebasa el marco de un bosquejo de la historia política del Imperio bizantino, pues explica los procesos interiores más importantes y declara el papel de la civilización bizantina. Esta obra, que contiene una breve bibliografía y varios mapas e ilustraciones, ha tenido en Francia repetidas ediciones. En 1925 se publicó en América una traducción inglesa de la obra de Diehl *History of the Byzantine Empire*, traducida del francés por G. Ivés, Princeton, 1925.

En su libro *Grandeza y decadencia de Bizancio* (París, 1919), Diehl pinta con brillantez la vida interior bizantina, explica las causas de la grandeza y decadencia del Imperio, señala la influencia de la civilización bizantina sobre las vecinas naciones y habla de la herencia bizantina en Turquía, Rusia y los estados balcánicos.

Finalmente, Augusto Heisenberg ha publicado estudios muy serios y bien escritos sobre la vida y civilización bizantina, en su *Staat und Gesellschaft des Byzantinischen Reiches* (Leipzig-Berlín, 1923), que forma uno de los tomos de *Die Kultur der Gegenwart*, editada por P. Hinneberg (Teil II, Abteilung IV) y por Norman H. Baynes, en su *Byzantine Empire* (Home University Library of Modern Knowledge, núm. 114, 1926). Este último libro trata prácticamente del período comprendido entre el siglo IV y la toma de Constantinopla por los cruzados en 1204. La historia del Imperio bizantino hasta fines del siglo XI se halla también, brevemente descrita, en el libro de L. Halphen *Los bárbaros: de las grandes invasiones a las conquistas turcas del siglo XI* (París, 1926), donde se encontrará una bibliografía.

Se puede leer con provecho el reciente libro de Roberto Byron *The Byzantine Achievement. An Historical Perspective, 330-1453*, Londres, 1929, 346 páginas. Son también interesantes las tres obras siguientes: N. Jorga, *Histoire de la vie byzantine. Empire et civilization*, vol. I-III, en francés (Bucarest, 1934) —útil—. G. Ostrogorsky. *Geschichte des byzantinischen Staates* (Munich, 1940). Del mismo autor: *Agrarian conditions in the Byzantine Empire in the Middle Ages*, en *The Cambridge Economic History of Europe from the Decline of the Roman Empire*, edited by J. H. Clapham and the late Eileen Power, vol. I (Cambridge, 1941), págs. 194-223. Muy importante.

E. Gerland da muy sólidas y concisas exposiciones generales de la historia bizantina en la *Catholic Encyclopedia*, y J. B. Bury lo hace también en la Enciclopedia Britannica (11.<sup>a</sup> edición).

Cabe leer con fruto la obra de O. Seeck *Geschichte des Unhergangs der antiken Welt* (6 vol., 1895-1920). La tercera edición del primer tomo apareció en 1910 y la segunda edición de los tomos II y III en 1921.

Recientemente se han publicado dos introducciones, muy útiles, a la historia bizantina. Son las obras de E. Stein *Geschichte des spatromischen Reiches. I. Vom rdmischen zum byzantinischen Staate* (284-416) (Viena, 1928), y de F. Lot, *El fin del mundo antiguo y el principio de la Edad Media* (París, 1927). Este último libro abarca también la época de Justiniano el Grande.

### **La literatura bizantina.**

Para el conocimiento de la literatura bizantina es indispensable la segunda edición de la obra capital del llorado Carlos Krumbacher, profesor en la universidad de Munich. Dicha obra se titula *Historia de la literatura bizantina desde Justiniano hasta el fin del Imperio romano de Oriente* (“Geschichte der Byzantinischen Literatur von Justinian bis zum Ende des ostromischen Reiches”, Munich, 1897, 1193 páginas). La historia de la literatura religiosa, en la segunda edición del libro de Krumbacher, ha sido compuesta por el profesor A. Ehrhardt. También, según se ha indicado más arriba, se hallará en la misma obra el Bosquejo de la historia política de Bizancio, de Gelzer.

La obra de Krumbacher es auxiliar principal y esencial de todo estudio de la literatura bizantina. Sorprende desde el principio por la enorme cantidad de los materiales acumulados y testimonia hondos conocimientos y una extraordinaria capacidad de trabajo. Krumbacher conocía muy bien el ruso y otras lenguas eslavas, y por tanto puso a contribución los trabajos rusos y, en general, eslavos. Ciertamente que la obra de Krumbacher está destinada sólo a los especialistas y no conviene a un lector ordinario. Pero el propio Krumbacher ha expuesto en forma accesible al público común, en cincuenta páginas, la historia de la literatura bizantina, dándole el título siguiente: *Literatura griega de la Edad Media* (“Die griechische Literatur des Mittelalters”, Leipzig Berlín, 1912, colección *Die Kultur der Gegenwart*, dirigida por Hínneberg). Esta última obra de Krumbacher ha visto la luz después de su muerte. Respecto a la literatura popular griega, procede señalar el libro de K. Dieterich *Historia de las literaturas bizantina y griega moderna* (“Geschichte der byzantinischen und neugriechischen Literatur”, Leipzig, 1902). Se puede hallar una buena documentación en *La breve historia de la literatura bizantina* escrita en italiano por G. Montelatici *Storia della litteratura bizantina* (324-1453), publicada en los Manuali Hoepli, serie científica, Milán, 1916, doble volumen, 95-96, págs. VIII-292. Este libro no es una repetición del de Krumbacher. Se publicó diecinueve años más tarde y da muchos informes nuevos. Se puede leer asimismo a S. Mercati, que corrige gran número de errores, en *Roma e l'Oriente*, VIII, 1918, págs. 171-183, y también a N. Jorga en *La literature byzantine: son sens ses divisions, sa portee* (Revue histonque au Sud-Est européen, II, 1925, págs. 370-397). Para el período de la literatura bizantina (después del siglo IV), es muy útil el libro de W. Christ *Geschichte, Griechischen Literatur* (6.<sup>a</sup> ed., Munich, 1924, vol. II)-También lo son los de O. Bardenhewer, *Patrología*, 3.<sup>a</sup> ed. (Freiburg im Breisgau, 1910) y *Geschichte der altchristlichen Literatur*, 5 vols., 2.<sup>a</sup> edición (Freiburg im Breisgau, 1913-1932), éste sobre todo en sus tomos III, IV y V (siglos IV - VIII). Para el mismo período es igualmente de alguna utilidad L. H. Jordan, *Geschichte der altchristlichen Literatur* (Leipzig, 1911). La obra fundamental de A. Harnack, *Geschichte der altchristlichen Literatur bis Eusebius; 1. Die Ueberlieferung imd der*

*Bestand* (Leipzig, 1893); II. *Die Chronologie*; en dos volúmenes (Leipzig, 1897-1904), puede ser utilizada como introducción a la literatura de los siglos IV y V.

## **Breve examen de los trabajos de historia bizantina en Rusia. Los académicos alemanes “occidentales”. y “eslavófilos”.**

### **V. G. Vasilievski.**

Los sabios rusos empezaron a tratar seriamente el estudio de la historia bizantina a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En la primera mitad de ese mismo siglo fueron sabios alemanes que acudieron a Rusia, siendo elegidos miembros de la Academia de Ciencias y quedándose en Petrogrado hasta su muerte, los que se ocuparon de la historia de Bizancio. El fin principal de sus investigaciones era determinar el papel de Bizancio y de las fuentes bizantinas en la historia rusa. Entre tales académicos cabe citar a Ph. Krug (1764-1844) y A. Kunik (1814-1899).

Para los representantes más eminentes del pensamiento ruso en la primera mitad del siglo XIX, la historia de Bizancio sirvió muy a menudo de trampolín o soporte de tal o cual movimiento social. Así, ciertos eslavófilos tomaron en la historia de Bizancio datos útiles al apoyo y justificación histórica de sus teorías. Los occidentales analizaron y considerados datos claves, en la misma fuente de investigación proponiéndose demostrar el papel negativo de la historia bizantina e iluminar la magnitud del peligro que corría Rusia si quería seguir las huellas de un Imperio caído. En uno de sus libros, Herten escribe:

“Los eslavófilos eran admiradores de la Iglesia rusa ortodoxa y de las antiguas instituciones sociales y políticas de Rusia antigua a la época de Pedro el Grande, cuyas reformas, según ellos, apartaron a Rusia de su camino. Los “occidentales”, al contrario, sostenían que los rusos debían vivir en una unión muy íntima con la Europa occidental y que Rusia se había convertido en país civilizado como consecuencia de las reformas impulsadas e implementadas drásticamente por el zar Pedro el Grande”.

“La Grecia antigua había terminado su existencia cuando la dominación romana la recubrió y salvó de la misma manera que la lava y las cenizas que han salvado Herculano y Pompeya. El período bizantino levantó la tapa del ataúd y el muerto no resucitó. Los Papas y los monjes se apoderaron de él, como hacen con todos los muertos, y los eunucos, cuyo lugar estaba bien aquí, en su calidad de representantes de la esterilidad, dispusieron de él”. Bizancio podía continuar viviendo, pero nada tenía ya que hacer. La historia no interesa en general a los pueblos más que cuando ellos están en escena, es decir, mientras hacen algo”.

Otro occidental, P. J. Tchaadaiev, decía: “Entramos en relaciones con una Bizancio depravada”. Pero no ha de olvidarse que semejantes juicios, aunque emitidos por hombres incontestablemente pictóricos de talento, y muy cultos, no tienen, sin embargo, valor histórico alguno, porque ninguno de los dos se especializó nunca en la historia de Bizancio.

Desde mediados del siglo XIX se manifiesta claramente en Rusia toda la importancia del estudio de la historia de Bizancio. Uno de los más sagaces eslavófilos,

A. S. Khomiakov, escribía hacia el año 50: “A nuestro juicio, hablar de Bizancio con desprecio es reconocer la propia ignorancia”. En 1850, el famoso T. N. Granovski, profesor de la universidad de Moscú, escribía: “ ¿Es menester hablar de la importancia que la historia de Bizancio tiene para nosotros, los rusos? Hemos tomado en Tsargrad [Constantinopla] lo mejor de nuestra civilización nacional, es decir, nuestras creencias religiosas y los gérmenes de nuestra cultura. El Imperio de Oriente introdujo a la joven Rusia entre los pueblos cristianos. Pero, además de esas relaciones, estamos ligados a Bizancio por el mero hecho de que somos eslavos. Esta última circunstancia no ha podido ser apreciada en su valor por los sabios extranjeros”. El hallar una solución plenamente satisfactoria a los problemas más importantes de la historia bizantina, según el mismo Granovski, no podía ser, en su época, sino misión de sabios rusos, o, de manera más general, eslavos. “Tenemos, por así decirlo —manifestaba—, la obligación de apreciar el fenómeno al que tanto debemos”.

El verdadero fundador del bizantinismo científico ruso en el amplio sentido de la palabra fue V. G. Vasilievski (1838-1899), profesor en la universidad de Petrogrado y miembro de la Academia de Ciencias. Él dotó a la ciencia rusa de una serie de trabajos de importancia extrema sobre cuestiones particulares, tanto interiores como externas, de la historia bizantina, y consagró, además de mucho tiempo, un gran talento, todo él análisis y penetración, al estudio de las relaciones ruso-bizantinas. Algunas obras de Vasilievski tienen gran importancia, incluso para la historia general. No se podría prescindir de su trabajo *Bizancio y los Pechenegos* al estudiar la cuestión de la Primera Cruzada. Este hecho está reconocido por los propios sabios de la Europa occidental. El lamentado profesor N. P. Kondakov, muerto en 1925, y el académico F. I. Uspenski, fueron también investigadores eminentes en esa disciplina: el primero en especial en materia de arte bizantino; el segundo en los problemas de historia interior.

No nos detendremos aquí a analizar y apreciar las obras de esos tres intelectuales que figuran entre los más eminentes de la ciencia rusa. El fin del presente examen es indicar las obras generales de historia bizantina, y V. G. Vasilievski no ha dejado más que trabajos referentes a cuestiones particulares. N. N. Kondakov nos ha legado estudios de vigoroso valor y a veces de carácter general, pero en la esfera del arte. Sólo puede hacerse excepción con Uspenski, que en 1914 publicó el primer volumen y en 1927 la primera parte del segundo volumen de su *Historia general de Bizancio*, de la que volveremos a hablar.

Así, hasta principios del siglo XX, el mérito principal de los más eminentes bizantinistas rusos consistió en sus esfuerzos para estudiar de manera detallada y esclarecer en todos los aspectos cuestiones particulares, a veces de sobresaliente importancia.

### **Lertov.**

Sólo en los últimos años han hecho los sabios rusos intentos de publicación de una historia general de Bizancio. Sin embargo, ya en 1837 había aparecido la obra en dos tomos de I. Lertov titulada *Historia del Imperio romano de Oriente o de Constantinopla*, extraída de la Historia general. Las últimas palabras del título se justificaban por el hecho de que hacia 1830-34 habíase publicado una obra del mismo autor, en quince partes, intitulada: *Historia general y desarrollo de la Historia general*

*de la emigración de los pueblos y de la fundación de nuevos Estados en Europa, Asia y África desde la fundación del Imperio griego de Oriente.* De este último libro fue extraído el primero mencionado, Lertov, hijo de un comerciante y escritor autodidacto, escribió su obra sobre la historia de Bizancio partiendo de la idea de que los lectores rusos necesitaban más bien una historia narrativa”. En materia de fuentes, Lertov se sirvió, según sus propias expresiones, de numerosos extractos de diferentes libros o periódicos (en lengua francesa), y además de la *Historia* de Royou, de la edición abreviada del Imperio de Oriente, de Labelau, y de la *Historia* de Gibbon, abreviada por Adam y traducida al francés. La compilación de Lertov, que expone los hechos de la historia de Bizancio hasta la caída de Constantinopla. no tiene, evidentemente, valor científico alguno. Pero he creído oportuno dedicar algunas palabras a ese libro, cuya aparición señala una tentativa curiosa para la época.

### **J. A. Kulakovski.**

El primer esfuerzo para escribir una obra seria sobre la historia general de Bizancio lo hizo el lamentado J. A. Kulakovski, profesor de la universidad de Kiev. Kulakovski, especialista en literatura romana, estudió la antigüedad y la historia de las instituciones de Roma. Se ocupó sobre todo de la época imperial y enseñó en la universidad la historia romana. Desde 1890 empezó a consagrar parte de su tiempo a la arqueología cristiana y la historia bizantina. Como introducción a su *Historia de Bizancio*, publicó la obra del célebre historiador romano y pagano del siglo IV de J.C., Amiano Marcelino, que Kulakovski tradujo a comienzos del siglo XX (1906-8). En 1910 el autor editó el primer tomo de su *Historia de Bizancio*, que abarca los sucesos, comprendidos entre 395 y 518. En 1912 apareció el segundo volumen y en 1915 el tercero. En ellos expone el destino del Imperio desde 518 hasta 717, época de la disputa iconoclasta. En 1913 se publicó una segunda edición, revisada, del primer tomo.

Con asiduidad notable e incansable energía, el autor estudió las fuentes bizantinas, griegas, latinas y orientales (en sus traducciones) y con esta base, y en posesión de un conocimiento profundo de todos los trabajos aparecidos sobre la materia, emprendió la exposición detallada de la historia de Bizancio hasta 717. Los fenómenos de la historia exterior, que Kulakovski trata también, se pierden en la masa de los detalles de historia interior.

En su exposición, el autor, según sus propias palabras (ver el prefacio del primer tomo), se ha “esforzado en dar al lector, presentando a su atención los sucesos de la realidad viviente, la posibilidad de aprehender el espíritu y carácter de los tiempos lejanos”. “Nuestro pasado ruso —continúa— nos une con lazos indisolubles a Bizancio, y sobre ese fundamento se ha erigido nuestra conciencia nacional”. Señalando con amargura la supresión del griego en los programas secundarios, escribe: “Nosotros, los rusos, quizá comprendamos, como se ha comprendido en la Europa occidental, que no es en las últimas frases de nuestros contemporáneos, sino en los primeros balbuceos de los helénicos donde debe buscarse el origen fecundo de la ciencia y la civilización europeas”. En el prefacio de su tercer volumen, define otra vez el plan de su *Historia de Bizancio* de la manera siguiente: “Mi fin ha sido presentar un cuadro de la sucesión de los acontecimientos en su orden cronológico exacto y, en lo posible, completo. Me he apoyado en un estudio directo de los testimonios y de las fuentes que están al alcance de

la documentación contemporánea, tal como se ha dado en las monografías que se refieren a este período, y también en los numerosos estudios, concernientes a particulares, que han aparecido en diversas publicaciones periódicas consagradas al bizantinismo”. La obra de Kulakovski puede ser de la mayor utilidad para quien desee informarse de la historia detallada de los sucesos ocurridos en Bizancio, o bien leer una exposición en ruso de lo más esencial contenido en las fuentes. A la vez, el lector conocerá algunas de las conclusiones de la ciencia contemporánea sobre las cuestiones más importantes de la historia de Bizancio desde los puntos de vista externo e interno. La exposición demasiado detallada de las fuentes ha conducido al resultado de que los tres tomos aparecidos (más de 1400 páginas) no abarquen más que los acontecimientos desarrollados hasta el siglo VIII.

### **F. I. Uspenski.**

En 1914 apareció el primer tomo de una *Historia del Imperio bizantino* debida al académico Uspenski, director del Instituto Arqueológico Ruso en Constantinopla. La edición era muy lujosa, e iba ornada con numerosas ilustraciones, mapas y tablas. En sus 872 páginas, Uspenski exponía la historia de Bizancio desde el siglo IV hasta principios del VIII, época de las luchas iconoclastas. En rigor, era el primer ensayo hecho por un especialista a efectos de escribir una historia general de Bizancio. El autor, uno de los representantes más distinguidos del bizantinismo contemporáneo, había consagrado toda su larga y laboriosa carrera casi exclusivamente al estudio de los diversos aspectos y épocas de esa tan compleja historia.

Uspenski, nacido en 1845, fue profesor en la universidad de Odessa (Novorossia) desde 1879 a 1894. En 1894 se le designó director del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, fundado precisamente aquel año. Su fecunda actividad a la cabeza de la nueva institución se señaló por numerosas expediciones y búsquedas personales y por la edición de gran número de las magníficas e importantes publicaciones del Instituto, pero fue, desgraciadamente, interrumpida por la Gran Guerra. En 1914 pasó de Constantinopla a Petrogrado, donde la Academia de Ciencias le encargó de editar los *Vizantiiski Vremennik*. Durante la guerra se le envió dos veces en misión a Trebisonda, entonces ocupada por las tropas rusas. El 10 de septiembre de 1928 murió en Petrogrado (Leningrado) a los ochenta y tres años de edad.

Deseando dar al público una exposición accesible, Uspenski no carga su libro de gran aparato científico, ni en las notas ni al fin de los capítulos, y se limita a indicar sus principales fuentes y las obras de segunda mano.

La primera parte del segundo volumen se ha publicado en 1927. Trata de la querrela iconoclasta y de la cuestión de los apóstoles eslavos Cirilo (Constantino) y Metodio.

El primer tomo de la obra de Uspenski representa, en su mayor parte, una especie de amplia introducción a la historia de Bizancio, un cuadro de la época en que se crearon los elementos principales del “bizantinismo” y en que nació la compleja civilización de Bizancio. El autor no puede dejar de ver en los fenómenos de la pasada vida de Bizancio algunas “enseñanzas” para nuestra época. Tras hablar de la esencial importancia que presentaban para Bizancio sus provincias orientales e indicar que es precisamente en Asia Menor, en el imperio de Nicea, donde se conservó y desarrolló

la idea de la reconstitución del Imperio bizantino en el siglo XIII, Uspenski concluye: “La enseñanza que nos da la historia debe ser cuidadosamente considerada, y pesada por los que, hoy, esperan el reparto de la herencia del “enfermo del Bósforo”. Además, dice: “En lo que respecta a la herencia dejada por Bizancio, sería engañarnos el creer que depende de nosotros evitar un papel activo en la liquidación de esa herencia. Aunque en general dependa del heredero aceptar o rehusar una herencia, el papel de Rusia en la cuestión de Oriente le ha sido legado por la historia y ninguna voluntad humana puede modificarlo en nada, a menos de que algún cataclismo imprevisto no nos haga olvidarlo, quitándonos el recuerdo de aquello de lo cual hemos vivido y ha sido el fin de nuestras aspiraciones y estado vinculado a nuestros sufrimientos”.

Tratando de aclarar las relaciones eslavo-bizantinas, el autor dice al final de su prefacio, escrito en 1912: “Reflexione el lector en el contenido de los capítulos relativos a los eslavos meridionales y busque allí una ilustración a los sucesos que se producen en nuestros días en la península balcánica”. Se refería a la segunda guerra de los Balcanes.

Uspenski, pues, se propone como fin ofrecer a los lectores rusos un libro que pueda, por su carácter severo y serio, dar idea de un sistema bien ordenado y cuidadosamente establecido, y a la vez dejar una buena opinión del autor. Está persuadido de que la extensión de los conocimientos bizantinos y el estudio de las relaciones ruso bizantinas son indispensables en el más alto extremo para la sociedad rusa y utilísimas si se quiere crear una conciencia política y nacional rusa.

Uspenski se sitúa como defensor del “bizantinismo” e insiste muchas veces en la definición del concepto. Según él, “el rasgo esencial que sirve de punto de partida al bizantinismo debe ser buscado en la inmigración de los bárbaros en el Imperio y en la crisis religiosa de los siglos III y IV”. Además, “el bizantinismo es un principio histórico cuya acción se revela en la historia de los pueblos del sur y este de Europa, Ese principio gobierna el desarrollo de varias naciones hasta nuestro tiempo y se manifiesta por una manera particular de creencias y de instituciones políticas, y también, si se puede expresarlo así, por una organización particular de las relaciones sociales y económicas”. Con el nombre de “bizantinismo”, es decir, con el concepto que expresa el resultado de la alianza del romanismo con las antiguas culturas judaica, persa y helénica, “se entiende, ante todo, el conjunto de los principios bajo cuya influencia se modificó progresivamente el Imperio romano, del siglo V al VIII, antes de su transformación en Imperio bizantino”.

“Cambios múltiples fueron provocados por las inmigraciones germánicas y eslavas, que produjeron reformas en el estado social y económico y en el sistema militar del Imperio. Bajo la influencia de los nuevos principios, el Imperio romano se modifica en Oriente y adquiere un carácter bizantino”. El “bizantinismo” se manifiesta por los siguientes fenómenos:

- 1.º Sustitución progresiva de la lengua latina, que reinaba por doquier, por la lengua griega o más bien bizantina.
- 2.º Lucha de las nacionalidades por la preponderancia política.
- 3.º Carácter original del arte y aparición de nuevos motivos generadores de monumentos nuevos. Originalidad de las obras literarias, donde analiza poco a poco un método nuevo bajo la influencia de las tradiciones y modelos de las civilizaciones orientales”.

Las palabras de Uspenski, según las cuales el Imperio romano, en Oriente, adquiere el carácter bizantino hacia el siglo VIII, prueban que en este caso su opinión coincide del todo con la del bizantinista inglés Finlay.

Las tesis generales de Uspenski no quedan demostradas en el primer tomo, y por tanto, no podrán ser discutidas ni apreciadas como conviene mientras no tengamos a la vista una historia de Bizancio acabada, o que abarque al menos hasta la conquista latina. Los problemas más importantes del primer tomo de Uspenski, son:

1. El problema de la inmigración eslava en la península balcánica y sus consecuencias para la vida bizantina.
2. El régimen de la propiedad en Bizancio.
3. La organización de los *temas* en el Imperio. Aunque estos problemas no queden definitivamente resueltos en el libro de Uspenski, la interpretación propuesta por el autor provoca el deseo y la necesidad de someter tan complejos problemas a un estudio más detallado.

La obra fue concebida por el autor hace más de un cuarto de siglo. Sufrió diversas interrupciones y su valor dista de ser igual en sus distintas partes. Junto a capítulos vivos, nuevos e interesantes en el más alto grado, los hay que se apoyan en un arsenal ya prescrito y que, en ciertos puntos, no está al nivel de la ciencia moderna. Esto se nota, sobre todo, en los capítulos que tratan de los árabes y del islamismo. Pero el mérito incontestable del libro reside en el valor que el autor ha dado a los fenómenos de la vida interior del Imperio.

El primer tomo de la obra de Uspenski nos ofrece hoy la posibilidad de conocer el primer período de la historia bizantina en un lenguaje claro y salido de la labor investigativa de un especialista que ha consagrado cuarenta años de su vida científica al estudio exclusivo de Bizancio. Como hicimos notar, la primera mitad del segundo volumen, publicada en 1927, trata del período iconoclasta y del principio de la historia de la dinastía macedónica, así como, más especialmente, de los evangelizadores de los eslavos, Cirilo y Metodio. Por desgracia, a causa de las dificultades que hoy se encuentran en Rusia para la impresión de obras, el segundo volumen termina en medio de una frase.

### **S. P. Chestakov.**

En 1913 aparecieron en Kazan los *Cursos sobre la Historia de Bizancio* de S. P. Chestakov, profesor de la universidad de Kazan. En 1914 fueron publicados en una segunda edición revisada y aumentada.

La obra de Chestakov expone los sucesos desde la infiltración del mundo bárbaro en las dos mitades occidental y oriental del Imperio romano en los siglos III, IV y V hasta la coronación de Carlomagno, el 800. El libro da numerosos informes sobre la vida exterior e interior del Imperio, así como sobre la historia y literatura del tema. Su documentación es a veces de mala calidad y su redacción descuidada.

### **C. N. Uspenski.**

*Los Apuntes o Bosquejos de historia bizantina* publicados en 1917 en Moscú por el sabio ruso C. N. Uspenski, recrean al lector y le dan una impresión de cosa vivida. El tomo sólo tiene 268 páginas, y contiene una introducción general muy interesante sobre la evolución social y económica del Imperio romano. El lector se ve llevado a tocar tangiblemente los problemas interiores más importantes del período bizantino. El relato termina con el último período de la disputa iconoclasta y el restablecimiento del culto de las imágenes en el 843, durante el reinado de Teodora. El rasgo característico de estos *Bosquejos* es el lugar que conceden a las cuestiones de organización interior del Imperio y a la evolución social y religiosa. No se refieren los sucesos políticos sino cuando el autor estima que pueden concurrir a la explicación de ciertos fenómenos de la vida social. La idea esencial de Uspenski, justa en conjunto, es la del carácter helenístico de los Imperios romano y bizantino. Estudia de una manera interesante la feudalización de la tierra, tanto en los dominios laicos como en los eclesiásticos. Se interesa especialmente por el período iconoclasta: los últimos capítulos, consagrados a esa época, merecen una atención muy particular. Entre los problemas analizados por Uspenski pueden mencionarse: la formación de los primeros reinos bárbaros en territorio del Imperio; las reformas administrativas y la gestión financiera bajo Justiniano; la organización de los *temas*; la gleba en los siglos VI, VII y VIII, y el Código rural; los problemas de la propiedad y de la “*excusseia*” (inmunidad). Este libro, restringido en volumen, pero rico por su contenido, está escrito en un estilo palpitante y lleno de color, y tiene gran importancia para cuantos se interesan por la historia del Imperio bizantino.

### **A. A. Vasiliev.**

La obra de Vasiliev comprende dos volúmenes y abarca toda la historia del Imperio bizantino. El primero se publicó en 1917, con el título: *Lecciones de historia bizantina. I: Hasta el principio de las Cruzadas* (1081) (Petrogrado 1917). El segundo volumen abarca el período incluido entre las Cruzadas y la caída de Constantinopla en 1453, se ha publicado en tres fascículos separados. El primero se titula *Bizancio y los cruzados* (Petrogrado, 1923); el segundo, *La dominación latina en Oriente* (Petrogrado, 1923), y el tercero, *La caída del Imperio bizantino* (Leningrado, 1925, 143 p.). Esta edición rusa, revisada, aumentada y corregida, ha servido de base a la publicación de la obra en lengua inglesa, bajo el título de *History of the Byzantine Empire*, I (Madison, 1928) y II (Madison, 1929).

### **Periódicos especiales. Obras generales sobre derecho. Arte y cronología. La papirología.**

El primer periódico especialmente consagrado a los estudios bizantinos, fue una revista alemana, la *Byzantinische Zeitschrift* (“Revista bizantina”), que empezó a aparecer en 1892. A más de numerosos artículos y referencias de publicaciones y libros nuevos, se encuentra allí una bibliografía detallada de cuanto aparece en la esfera del bizantinismo. Se da gran atención a las publicaciones rusas y eslavas en general. El fundador, y durante mucho tiempo redactor principal de la revista, fue el profesor

Krumbacher. Hasta 1914 habían salido veintidós tomos. Se ha publicado un excelente índice analítico de los doce primeros. Durante la guerra de 1914-1918 se interrumpió la publicación de la *Byzantinische Zeitschrift* y después ha reaparecido en forma regular. El volumen XXIX fue publicado en 1929-30. A la sazón la revista está editada por Augusto Heisenberg y Paul Marc.

En 1894, la Academia Rusa de Ciencias inició la publicación de los *Vizantiisky Vremennik* (“Anales bizantinos”), bajo la dirección de V. G. Vasilievsky y V. E. Regel, tendiendo a los mismos fines que la revista alemana. En lo bibliográfico, la atención de los redactores se consagró principalmente a los países eslavos y países del Oriente cristiano. La revista, escrita en ruso, contenía a veces artículos en francés y en griego moderno. Su publicación fue interrumpida por la guerra.

En 1917 habían aparecido 22 volúmenes. El 23 sólo salió en 1923, el 24, en 1926 y el 25, en 1928. El volumen 16 contenía el índice analítico de los quince primeros, debido a P. V. Bezobrasov. F. I. Uspenski reemplazó como director de *Vizantiisky Vremennik* a Vasilievsky y Regel.

Desde 1909, la Sociedad Bizantina de Atenas comenzó a publicar en esa ciudad, en griego moderno, una revista especializada en bizantinismo, con el título de *Bizancio*. Sólo han aparecido dos tomos.

A partir de 1915, la Facultad de Letras de la universidad de Yuriev (Dorpat) principió a publicar un nuevo órgano ruso titulado *Vizantinskoe obozrenie* (“Revista bizantina”). En 1917 habían aparecido tres volúmenes. Hoy, Yuriev (Dorpat) pertenece a Estonia.

En 1920, N. A. Bees, comenzó en Berlín la publicación de los *Byzantinisch Neugriechische Jahrbücher*, con fines análogos a los de *Byzantinische Zeitschrift*. A partir del 5º volumen, el periódico aparece en Atenas, donde N. A. Bees es profesor de la universidad. El volumen XIV se publicó en 1938.

En el Quinto Congreso Histórico Internacional, reunido en Bruselas en 1923, la sección de estudios bizantinos propuso crear una nueva revista internacional bizantina. En 1924, en el Primer Congreso Internacional de sabios bizantinos, en Bucarest, se convino en definitiva el plan de publicación del periódico, y en 1925 apareció el primer volumen de *Byzantion*, revista internacional de estudios bizantinos (París-Lieja), editada por Paul Graindor y Henri Grégoire. Ese volumen fue dedicado al célebre sabio ruso N. P. Kondakov, para conmemorar su 80 aniversario. El mismo día de la publicación se supo la noticia de la muerte de Kondakov (16 febrero 1925). El volumen V se editó en 1930.

De 1924 a 1939 se han publicado en Atenas quince tomos de una nueva revista griega, los Anales de la Sociedad de Estudios Bizantinos. Muchos artículos de estos Anales son interesantes y de importancia.

A más de los informes proporcionados por los periódicos especiales, se hallará una documentación interesante sobre el período bizantino en algunas revistas no especializadas. Muy importantes son, sobre todo, los *Echos d'Orient* y la *Revue de l'Orient chrétien*.

Sobre derecho bizantino, la obra fundamental es la del célebre jurista alemán Zacarías von Lingenthal, la cual se titula *Historia del Derecho grecorromano* ("Geschichte des Griechisch-römischen Rechts", 3.a. ed., Berlín, 1892). Entre las obras más antiguas citaremos el libro francés de Mortreuil, titulado *Histoire du droit byzantin* (3 t., París, 1843-47), y el resumen alemán de E. Heimbach, contenido en la *Enciclopedia de Ersch y Gruber* (sección I, parte 86, páginas 1914-71), así como el de Azarevich, que se titula *Historia del Derecho bizantino* (2 partes, Jaroslav, 1867-77). Otro resumen muy interesante, que contiene una copiosa bibliografía, fué publicado en 1906 por el profesor italiano L. Siciliano en la *Enciclopedia Jurídica Italiana*, t. IV, parte V, fascículos 431 y 460.

La misma obra se editó separadamente en Milán, en 1906. Finalmente, mencionaron la obra de Albertoni *dirito bizantino riguardo all' Italia* (Imola, 1927) (V. N. B. en la *Byzantinische Zeitschrift*, XXVIII, p- 474-476, 1928).

Los principales trabajos generales sobre arte bizantino, son los siguientes:

N.P. Kondakov: *Historia del arte bizantino y de la iconografía bizantina* según "las miniaturas de los manuscritos griegos" (en ruso). Odesa, 1876; Atlas, 1877. La edición francesa es una refundición de la obra en dos volúmenes (París, 1886-91).

Bayet, *L'Art byzantin* (París, 1883, nueva edición en 1904); Millet, *L'An byzantin*, en la *Histoire de l'Art* de A. Michel (París, t. I, 1905, y t. III, 1908).

Ch. Diehl, *Manuel d'Art byzantin* (París, 1910). En 1925-36 ha aparecido una segunda edición revisada y aumentada.

O.M. Dalton, *Byzantine art and archaeology* (Oxford, 1911). Esta obra no trata de la arquitectura. En 1925 Dalton publicó un nuevo libro: *East Christian art: a survey of the Monuments* (Oxford, 1925), que contiene un capítulo sobre arquitectura (p. 70-159).

L. Bréhier, *L'Art byzantin* (París, 1924).

Los trabajos generales más importantes sobre cronología bizantina son éstos:

H. L. Clinton, *Fas ti Romani* (ed. inglesa, 2 vols., Oxford, 1845-50. No incluye sino los acontecimientos hasta la muerte del emperador Heraclio en el año 641).

Muralt, *Ensayo de cronografía bizantina* (2 vol., I, San Petersburgo, 1855; II, Basilea, 1873). Este libro abarca toda la extensión de la historia bizantina hasta 1453. Debe utilizarse con las máximas precauciones.

En este problema de la cronografía bizantina, uno de los más importantes de la bizantinología contemporánea, se ha impuesto un nuevo estudio científico. Las publicaciones más importantes sobre esta cuestión son las que damos a continuación:

Otto Seeck, *Regesten der Kaiser und Papste für die Zeit 311 bis 461 N. Chr. Vorarbeit zu einer Prosopographie der christlichen Kaiserzeit* (Stuttgart, 1919).

Franz Dolger, *Regesten der Kaiserurkunden des oströmischen Reiches. - I Teil: Regesten von 565-1025* (Munich y Berlín, 1924); *II Teil: Regesten von 1025-1204* (Munich y Berlín, 1925); *III Teil: Regesten von 1204-1282* (Munich y Berlín, 1932); en el *Corpus der griechischen Urkunden des Mittelalters und der neueren Zeit, herausgegeben von den Akademien der Wissenschaften in München und Wien*.

Finalmente, para datos bibliográficos de carácter general sobre otras ramas del bizantinismo, como la numismática, la sigilografía (o estudio de los sellos bizantinos) y la papirología, se podrá encontrar documentación en la *Historia de la literatura bizantina* de Krumbacher y en las partes bibliográficas de las diferentes revistas especializadas en bizantinología.

Sólo desde hace una veintena de años se ha concluido por reconocer la importancia e interés considerables de la época bizantina en la esfera de la papirología “Las anteriores generaciones de papirologos —dice H. I. Bell, uno de los mejores especialistas de esta ciencia— consideraban la época bizantina con ojos de madrastra y dirigían su atención, sobre todo, a los periodos ptolemaico y romano”.